



ALAS NOCTURNAS

Robert Silverberg

I

Ruma es una ciudad construida sobre siete colinas. Dicen que fue una gran capital en uno de los ciclos pasados. De esto no sé nada, puesto que pertenezco a la hermandad de los Vigías y no a la de los Memorizadores; pero cuando hube divisado por primera vez a Ruma, al llegar desde el sur en el crepúsculo, pude darme cuenta de que realmente debió haber sido muy importante. Aún ahora es una gran ciudad, con muchos miles de habitantes.

Sus altas torres se erguían destacándose contra el sol poniente. Las luces comenzaban a brillar, atractivas. Hacia mi izquierda el cielo se incendiaba a medida que el sol iba renunciando a sus dominios. Franjas de colores azul, violeta y carmesí se enroscaban y retorcían en la danza precursora de la noche. A mi derecha, ya estaba oscuro. Traté, sin éxito, de identificar las siete colinas, sabiendo sin embargo que ésta era la Ruma majestuosa, hacia la cual todos los caminos conducían. En ese momento sentí reverencia y respeto por las obras de nuestros antepasados.

Nos detuvimos a descansar a la vera del largo camino recto, siempre mirando hacia Ruma. Entonces hablé:

—Es una bella ciudad. Creo que hallaremos trabajo.

Cerca de mi Avluela movió sus alas irisadas.

—¿Y comida? —preguntó con su voz aguda—¿Y refugio? ¿Y vino?

—También—repliqué—, hallaremos también todo esto.

—¿Cuánto hace que caminamos, Vigía?—me preguntó.

—Dos días y tres noches.

—Si lo hubiera hecho volando, hubiera tardado mucho menos.

—Tú sí—le contesté—, pero nos hubieras dejado muy atrás, para nunca volvernos a ver. ¿Es ése tu deseo?

Entonces se me acercó y frotó cariñosamente la burda tela de mi manga. Luego se apretó contra mí tal como lo hubiera hecho un gatito mimoso. Sus alas se desplegaron, y eran un sutil encaje, a través del cual se distorsionaban mágicamente las luces del crepúsculo y las que se iban encendiendo en la ciudad. Pude sentir entonces la fragancia de su pelo, mientras la rodeaba con mis brazos envolviendo su cuerpo estilizado como el de un muchachito.

Me dijo:

—Tú sabes que mi deseo es quedarme contigo para siempre, Vigía. ¡Para siempre!

—Sí, Avluela. Y seremos felices—dije, mientras la soltaba.

—¿Entraremos en Ruma ahora?

—Creo que deberíamos esperar a Gormon —le dije mientras hacía un gesto negativo con la cabeza—Pronto estará de vuelta de sus exploraciones.—No quise que supiera que estaba agotado. Era una niña de diecisiete años; ¿qué podía saber del cansancio de la edad? Soy viejo. Es verdad que no tan viejo como Ruma, pero bastante viejo.

—Mientras esperamos, ¿puedo volar?

—Vuela—le dije.

Me acuclillé al lado del carrito y acerqué mis manos al calor del generador, que vibraba rítmicamente, mientras Avluela se preparaba a volar. Primero se quitó los vestidos, porque sus alas son débiles y no pueden levantar el peso agregado. Con destreza y suavidad se liberó de las burbujas vítreas que cubrían sus pies, de la chaqueta carmesí y de los suaves y peludos pantalones. La luz, al desvanecerse en el oeste, cubrió su esbelta figura. Como todos los Voladores, su cuerpo no tenía un gramo de más: sus senos se reducían a dos leves protuberancias, sus nalgas eran chatas y sus muslos tan delgados que cuando estaba de pie quedaba entre ellos una amplia separación.

¿Pesaría cincuenta kilos? No creo que tanto. Mirándola, y por comparación, me sentí gordo, ligado a la tierra, un ser de grosera continencia, y sin embargo no soy grueso ni pesado.

Cerca del camino se puso de rodillas en tierra, con la cabeza tocando el suelo, musitando el ritual de los Voladores. Me daba la espalda. Sus delicadas alas temblaban llenas de vida y la nimbaron de rosa, como una frágil capa batida por el viento. Nunca fui capaz de comprender cómo tan tenues alas podían levantar siquiera una forma tan grácil como la de Avluela. No eran alas de halcón, eran alas de mariposa, surcadas por venas, y transparentes, con zonas pigmentadas de ébano, turquesa y escarlata. Un fuerte ligamento las unía a los chatos músculos que tenía debajo de los omóplatos, pero carecía de las bandas de fuertes tendones que son necesarios para el vuelo y del macizo hueso del pecho común a las criaturas voladoras. Oh, bien sé que los Voladores usan algo más que sus músculos para remontarse y que en sus iniciaciones existen rituales mágicos. Aun siendo yo miembro de los Vigías, era escéptico en lo que se refería a las hermandades más misteriosas.

Avluela terminó de musitar su ritual. Se puso de pie y aprovechando la brisa, se elevó a cierta distancia del suelo. Allí se mantuvo, suspendida sobre el cielo y la tierra mientras sus alas se movían frenéticamente. Todavía no había oscurecido y las alas de Avluela eran solamente alas para la noche. De día no podía volar, pues la terrible presión del viento solar la precipitaría a tierra si lo hiciera. Ahora, a mitad de camino entre el crepúsculo y la oscuridad, no era, aún el mejor momento para elevarse. La vi lanzarse hacia el este, recortándose contra el resto de luz. No solamente sus alas, sino también

sus brazos batían el aire; su carita revelaba la intensa concentración mientras sus delgados labios repetían las palabras de su hermandad. Se plegó sobre si misma y luego salió disparada, la cabeza hacia un lado y las piernas a otro y, abruptamente, comenzó a flotar horizontalmente, mirando hacia abajo, batiendo el aire con sus alas. ¡Arriba, Avluela, arriba!

Y arriba iba, conquistando por el mero esfuerzo de su voluntad los vestigios de luz aún existentes.

Con placer contemplé su desnuda figura recortándose sobre la oscuridad. La podía ver claramente pues los ojos de un Vigía son agudos. La altura a la que volaba era de cinco veces la suya propia; ahora, sus alas se hallaban totalmente desplegadas, y esto hacía que las torres de Ruma se eclipsaran parcialmente para mí. Me saludó con la mano. Le tiré un beso y le dije palabras de amor. Los Vigías no se casan ni tienen descendencia, pero Avluela era como una hija para mí y me enorgullecía enormemente el verla volar. Hacia ya un año que viajábamos juntos, desde que nos habíamos encontrado en Agupto, pero a mí me parecía que la hubiera conocido toda mi larga vida. Ella fue quien me insufló renovadas fuerzas. No sé cuál fue la escondida faceta mía que ella logró revelar. ¿Seguridad? ¿Sabiduría? ¿Una continuidad con los tiempos que precedieron su nacimiento? Todo mi anhelo consistía en que ella me profesara el mismo cariño que yo le tenía.

Ahora se hallaba lejos. Estaba entregada a múltiples piruetas, zambullidas, elevaciones, giros y alados pesos de danza. Su largo pelo renegrado volaba alrededor de ella. Su cuerpo parecía solamente un apéndice de las dos enormes alas que relucían, pulsaban y brillaban en la noche. Se elevó, feliz de su aérea libertad, haciéndome sentir aún más pegado al suelo, y como un rayo se dirigió ligera en dirección a Ruma. Todo lo que vi de ella fueron las plantas de sus pies, las puntas de sus alas, y luego desapareció.

Suspiré y puse mis manos bajo mis brazos, para calentarlas. ¿Por qué sentía frío mientras una muchachita como Avluela podía volar desnuda por el aire?

Nos hallábamos en la duodécima de las veinte horas, momento en que yo debía realizar mi tarea de Vigía. Fui hasta el carretón, abrí las cajas y preparé los instrumentos. Algunas de las cubiertas de los diales estaban ya borrosas y amarillentas, las agujas habían perdido su fluorescencia; las cubiertas de los instrumentos tenían manchas de salitre, restos de la época en que los piratas me asaltaron en el océano terrestre. Los niveles y los señaladores, gastados y resquebrajados, respondieron a mi contacto, cuando comenzaron las operaciones preliminares. Primero se ruega para obtener una mente pura y perceptiva; luego se crea la afinidad para con los instrumentos y finalmente se precede a realizar la observación propiamente dicha, interrogando a los cielos en búsqueda de los enemigos del hombre. Tales son mi habilidad y mi pericia. Mientras manipulaba llaves y botones trataba de dejar mi mente libre de todo otro pensamiento, a fin de que yo mismo me transformara en una extensión de mis instrumentos.

Acababa de traspasar el umbral, y me hallaba en la primera fase de mi tarea de Vigía cuando oí una voz resonante que dijo a mis espaldas: —Bien, Vigía, ¿cómo va eso?

II

Me desplomé sobre mi carrito. Sentía un verdadero dolor físico cuando alguien me arrancaba tan inesperadamente de mi trabajo. Por un momento me pareció que garras gigantescas atenazaban mi corazón. Mi cara se enrojeció, mis ojos se negaban a enfocar y la saliva escapaba de mi boca. Tan pronto como me fue posible tomé las medidas protectoras adecuadas para aliviar el esfuerzo metabólico y me aparté de mis instrumentos. Ocultando mi temblor cuanto me fue posible, me volví.

Gormon, el otro miembro de nuestro grupo, había aparecido y se hallaba parado, con cierto garbo, a mi lado, mientras reía divertido por mi malestar. Sin embargo, no pude enojarme. No se debe demostrar disgusto hacia una persona sin hermandad, no importa cuál fuere la provocación recibida.

Con esfuerzo, le dije:

—¿Has pasado bien este rato?

—Ya lo creo. ¿Dónde está Avluela?

Señalé hacia arriba. Gormon asintió.

—¿Qué has hallado?—le pregunté.

—He averiguado que esta ciudad es, indudablemente, Ruma.

—Nunca lo dudé.

—Yo sí. Pero ahora tengo pruebas.

—¿Cómo dices?

—Mira en mi sobrebolsa.

De su túnica sacó su sobrebolsa, la abrió para poder introducir en ella su mano y refunfuñando, comenzó a sacar un objeto pesado. Era una larga columna de mármol, de piedra blanca y estriada, con innumerables marcas dejadas por los años.

—¡De un templo de la Ruma Imperial! —dijo Gormon, exultante.

—No deberías haberla cogido.

—¡Espera! ¡Hay algo más! —y hundió la mano nuevamente. La sacó con un puñado de placas circulares de metal, que luego desparramó, tintineando, a mis pies.— ¡Monedas! ¡Dinero! Míralas, Vigía, llevan grabadas las imágenes de los Césares.

—¿De quiénes?

—De sus antiguos gobernantes. ¿No conoces la historia de los ciclos pasados?

Lo miré con curiosidad.

—Tú dices no pertenecer a ninguna hermandad, Gormon. ¿Puede ser que seas un Memorizador, y estés tratando de ocultármelo?

—Mírame, Vigía. ¿Podría pertenecer yo a hermandad alguna? ¿Aceptarían a un Mutante?

—Es cierto—repliqué, reparando una vez más en su color dorado, en la piel gruesa y de consistencia cérea, en su boca deformada. Gormon había sido criado en base a drogas teratogénicas. Era un monstruo, no carente de cierto atractivo, pero un monstruo, un Mutante considerado fuera de las leyes y de las costumbres de los hombres tal como se practican en el Tercer Ciclo de civilización. Y los Mutantes no pertenecen a hermandad alguna.

—Todavía hay más—dijo Gormon. La sobrepolsa era de capacidad infinita; todo un mundo podía introducirse en su encogido buche, y sin embargo su tamaño no sobrepasaría el de la mano de un hombre. Gormon sacó de ella pequeñas piezas de maquinaria, elementos para leer, un objeto angular de metal marrón que podría ser una antigua herramienta, tres láminas cuadradas de cristal, cinco hojas de papel (¡papel!) y una buena cantidad de otras reliquias—. ¿Has visto?—dijo—¡Un paseo provechoso, Vigía! Y ten en cuenta que esto no ha sido cogido al azar. Todo está registrado, marcado, individualizado el estrato, estimada la edad, determinada la posición cuando se hallaba *in situ*. Esto representa diez mil años de la historia de Ruma.

—No sé si es correcto que te hayas llevado esas cosas—dijo dubitativamente.

—¿Y por qué no? ¿Quién va a echarlas de menos? ¿A quién, en este ciclo, le importa el pasado?

—A los Memorizadores.

—No necesitan objetos sólidos para ayudarse en su labor.

—¿Y para qué quieres tú esas cosas?

—El pasado me interesa, Vigía. Si bien no pertenezco a ninguna hermandad, tengo necesidad de ciertos conocimientos. ¿Está mal? ¿Está prohibido, a un monstruo como yo, la persecución de la sabiduría?

—No, no, nada de eso. Busca y toma lo que deseas. Trata de realizar tus aspiraciones tal como tú lo entiendes. Estamos en Ruma. Entraremos al amanecer. Espero hallar trabajo allí.

—Puedes llegar a tener problemas.

—¿Cómo dices?

—Sin duda ya ha de haber muchos Vigías en Ruma. Pienso que tal vez tus servicios no sean necesarios.

—Trataré de hallar favor en el príncipe de Ruma —le contesté.

—El príncipe de Ruma es un hombre cruel, frío y duro.

—¿Sabes algo acerca de él?

—Poco—dijo Gormon con una sacudida de hombros. Comenzó a guardar los objetos nuevamente en la sobrebolsa— Prueba suerte, Vigía. ¿Qué otra posibilidad tienes?

—Tienes razón, ninguna otra—le contesté. Gormon rió, pero yo no.

Se afaná por guardar su botín del pasado. Sus palabras me hundieron en una profunda depresión. Me parecía tan seguro de sí mismo, en un mundo inseguro, este hombre sin hermandad, este monstruo mutado, este ser de mirada no humana. ¿Cómo podía mostrarse tan frío, tan indiferente? No le daba importancia a las posibles calamidades, y se burlaba de quienes admitían tener miedo. Gormon se había unido a nosotros hacia nueve días, cuando le encontramos en la antigua ciudad tan cercana al volcán, hacia el sur, junto al mar. No fui yo quien sugerí que se uniera a nosotros. En realidad, se invitó a sí mismo, y acepté porque Avluela me lo pidió. Los caminos son oscuros y fríos en esta época del año, abundan bestias de muchas especies y un hombre viejo que viaja con una niña, bien puede pensar en llevar consigo a un sujeto musculoso como Gormon. Sin embargo, había veces en que deseaba que no hubiera venido con nosotros, y ésta era una de ellas.

Lentamente caminé hacia donde estaba mi equipo.

Gormon dijo, como si acabara de darse cuenta:

—Te interrumpí en tu tarea de Vigía

—Sí, así fue—contesté con suavidad.

—Lo siento. Comienza nuevamente, te dejaré tranquilo.—Y me dedicó su extraña sonrisa, tan llena de encanto que hacía olvidar la arrogancia de sus palabras.

Manejé nuevamente los controles y tomé contacto con los manipuladores. Pero no me hundí nuevamente en mi tarea de Vigía, porque permanecí consciente de la presencia de Gormon, y temí que en cualquier momento pudiera interrumpir dolorosamente mi atención, a pesar de sus promesas. Después de un rato me aparté de mis aparatos Gormon se mantuvo de pie del otro lado del camino, doblando el cuello para avistar un signo que indicara la presencia de Avluela. En el momento en que lo miré, se volvió hacia mí diciendo:

—¿Paso algo, Vigía?

—No. Simplemente que el momento no es propicio para que realice mi tarea. Esperaré.

—Dime—me preguntó—, cuando los enemigos de la tierra se aproximen, ¿tus instrumentos te lo harán saber?

—Espero que así sea.

—Y entonces ¿qué harás?

—Se lo haré saber a los Defensores.

—Y luego se habrá acabado el trabajo de toda tu vida.

—Tal vez—le contesté.

—Entonces ¿para qué existe toda una hermandad? ¿Por qué no formar un centro de control donde se mantenga la vigilancia? ¿Qué razón hay para que exista un gran número de Vigías que van de un lado a otro, sin descanso?

—Cuanto mayor sea la cantidad de los vectores de detección, mayor será la probabilidad de detectar antes una posible invasión—le contesté.

—¿Entonces podría suceder que un Vigía, individualmente, conectara sus aparatos y no supiera nada, aun hallándose invasores aquí?

—Es posible; por lo tanto preferimos que las observaciones sean múltiples.

—Sin embargo, no dejo de pensar que ustedes exageran.—Gormon se rió.—¿Crees realmente que se va a producir tal invasión?

—Realmente lo creo—dije, tenso—. De otra forma, toda mi vida hubiera sido en vano.

—Dime, ¿qué buscarían los seres de las estrellas aquí en la Tierra? ¿Qué otra cosa tenemos, aparte de lo que ha quedado de los antiguos imperios? ¿Qué harían ellos con la miserable Ruma? ¿O con Perris, o con Jorsalén? ¡Restos lamentables! ¡Príncipes idiotas! Debes admitirlo, Vigía: la invasión es un mito y tú te afanas inútilmente tres veces por día ¿No es así?

—Mi arte y mi ciencia es el vigilar. Tu ocupación es mofarte. Cada uno a su especialidad, Gormon.

—Perdóname —dijo con burlona humildad—. Ve, entonces y vigila.

—Así lo haré.

Enojado, me dirigí hacia mis instrumentos, decidido a ignorar cualquier interrupción, no importa lo brutal que ésta pudiera ser. Ahora las estrellas estaban bien claras; elevé mi mirada hacia las brillantes constelaciones y automáticamente mi mente registró los múltiples mundos. "Vigilemos", me dije, "y mantengamos nuestra vigilancia a pesar de las burlas".

Me hundí en el estado de profunda observación.

Asiéndome a los instrumentos permití que su energía pasara a través de mí. Proyecté mi mente a los cielos y comencé la búsqueda de entidades hostiles. ¡Qué éxtasis! ¡Qué increíble esplendor! Yo, que nunca había abandonado este planeta, surcaba los negros espacios del vacío, resbalando de estrella en estrella, divisando a los planetas como peonzas giratorias. También veía caras que parecían mirarme mientras viajaba,

algunas sin ojos, pero otras con muchas pupilas, toda la complejidad de la poblada galaxia ahora accesible a mi interrogación. Busqué posibles concentraciones de fuerzas enemigas. Inspeccioné los campamentos militares y los lugares de entrenamiento. Traté de hallar, tal como lo había hecho cuatro veces por día, todos los días de mi vida adulta, a los invasores que se nos había informado existían, a los conquistadores que en un día aciago tratarían de arrebatarnos este mundo, tan lastimado.

Nada hallé, y cuando volví de mi trance, sudoroso y agotado, vi a Avluela descendiendo.

Se posó en el suelo con levedad de pluma. Gormon la llamó y ella corrió, desnuda, sus pequeños pechos saltando a cada impulso, a refugiar su fragilidad en los poderosos brazos. Su abrazo no fue apasionado, sino lleno de alegría. Luego, ella se volvió hacia mí.

—Ruma—susurró—. ¡Ruma!

—¿La has visto?

—¡Todo! ¡Miles de personas! ¡Luces! ¡Bulevares! ¡Un mercado! ¡Edificios en ruinas, de muchos ciclos de antigüedad! ¡Oh, Vigía, Ruma es maravillosa!

—Entonces, tu vuelo ha sido satisfactorio.

—¡Un milagro!

—Mañana iremos allí para quedarnos.

—No, Vigía. ¡Ahora, ahora!—Su impaciencia era infantil, su cara resplandecía—. Mira, es muy cerca. El viaje será muy corto.

—Descansemos primero—le dije—. No queremos llegar cansados a Ruma.

—Podemos descansar allí —me dijo Avluela—. ¡Ven! ¡Guarda todas tus cosas! Has cumplido ya con tu vigilancia, ¿verdad?

—Sí. Así es.

—Entonces, vamos. ¡A Ruma! ¡A Ruma!

Miré a Gormon para lograr su apoyo. Ya era de noche, había que armar el campamento para dormir unas cuantas horas.

Esta vez, Gormon estuvo de mi parte. Le dijo a Avluela:

—El Vigía tiene razón, debemos descansar todos. Iremos a Ruma cuando amanezca.

Avluela se mostró decepcionada. Ahora parecía más niña que nunca. Sus alas cayeron; su frágil cuerpo mostró la decepción. Con petulancia fue doblando sus alas hasta que quedaron del tamaño de dos puños, en su espalda. Luego recogió sus

vestidos que habían quedado en el suelo. Se vistió mientras nosotros armábamos el campamento. Yo fui el encargado de distribuir las tabletas de comida y luego todos nos introdujimos en nuestros receptáculos. Me dormí rápidamente y en mi sueño vi a Avluela destacándose en su vuelo contra la silueta de la luna, mientras Gormon volaba a su lado. Dos horas antes del amanecer me levanté y realicé mi primera vigilancia del nuevo día mientras mis compañeros aún dormían. Luego los desperté y nos dirigimos hacia la fabulosa ciudad imperial, hacia Ruma.

III

La luz de la mañana era clara y áspera, como si fuera la de un nuevo mundo recién creado. El camino estaba casi desierto. Nadie viaja demasiado en estos días, salvo que, como yo, sean vagabundos por hábito y por profesión.

Ocasionalmente nos hacíamos a un lado para dejar paso a algún carruaje perteneciente a un miembro de la hermandad de los Amos, tirados por una docena de inexpresivos neutros, dispuestos en serie. Pasaron cuatro de estos vehículos en las primeras dos horas del día, todos ellos convenientemente cerrados a fin de que las orgullosas facciones quedaran bien ocultas a las gentes comunes como nosotros. También vi pasar varios vehículos transportando cargos, mientras sobre nuestras cabezas volaban otras maquinarias. Sin embargo, el camino estuvo, en general, libre, a nuestra disposición.

Los alrededores de Ruma mostraban los vestigios de la antigüedad: columnas aisladas, acueductos que ya no transportaban nada y que no desembocaban en parte alguna, los portales de un templo desaparecido. Esta fue la parte más vieja de Ruma que vimos, pero había también ruinas de la Ruma posterior, de los ciclos subsiguientes: las casuchas de los campesinos, las cúpulas de los centros de energía, los esqueletos de las torres que sirvieron de viviendas. A veces veíamos los cascos carbonizados de algún antiguo aparato aéreo. Seguimos caminando hasta que nos hallamos frente a las murallas de la ciudad.

Estas eran de piedras azules y relucientes, cuidadosamente superpuestas, que se elevaban hasta unas ocho veces la altura de un hombre. El camino que habíamos tomado atravesaba la muralla a través de una puerta, provista de un arco, que estaba abierta. Cuando nos aproximamos a ella, vimos que se acercaba a nosotros la figura encapuchada y enmascarada de un hombre de extraordinaria altura, que vestía el sombrío atavío de la hermandad de los Peregrinos. No es adecuado acercarse a estas personas, sino que se les debe hacer saber que se les presta atención si nos hacen una seña con la cabeza. En este caso, sucedió así.

Hablando a través del enrejado de su máscara nos preguntó:

—¿De dónde vienen?

—Del sur. Viví en Agupto durante un tiempo, luego crucé el Puente de Tierra hasta Talya.

—¿Adónde se dirigen ahora?

—A Ruma, por un tiempo.

—¿Cómo va la tarea de Vigía?

—Sin novedades.

—El Peregrino preguntó:

—¿Tienen un lugar donde alojarse en Ruma?

Moví la cabeza negativamente:

—Confiamos en la benevolencia de la voluntad. —La voluntad no es siempre benevolente—dijo el peregrino con aire ausente—. Tampoco hay mucha demanda de Vigías en Ruma. ¿Por qué viajas con una Voladora?

—Porque me agrada su compañía. Además, es joven y es necesario protegerla.

—¿Quién es el otro?

—No pertenece a ninguna hermandad, es un Mutante

—Ya lo veo, pero ¿por qué viaja con ustedes?

—Es fuerte, y yo soy viejo, así que viajamos juntos. ¿Hacia dónde vas tú, Peregrino?

—A Jorsalén. ¿Es que puede haber otro destino para alguien de mi hermandad?

Le hice saber que estaba de acuerdo.

Entonces el peregrino me dijo:

—¿Por qué no vienes conmigo a Jorsalén?

—Mi meta está hacia el norte. Jorsalén está hacia el sur, cerca de Agupto.

—¿Has estado en Agupto y no has ido a Jorsalén? —me preguntó intrigado.

—Así es. No había llegado para mí el momento de ver Jorsalén.

—Hazlo ahora. Podremos ir juntos por el camino, Vigía, y hablaremos de los tiempos idos y de los por venir. Yo te ayudaré en tu tarea de Vigía y tú lo harás cuando yo me comunique con la Voluntad. ¿Te parece bien?

Era una verdadera tentación. Me pareció poder ver la imagen de Jorsalén, la dorada: sus templos y sus edificios sagrados, su lugar de renovación, donde se logra que los viejos vuelvan a ser jóvenes, sus torres aguzadas, sus tabernáculos. Aunque soy un hombre de resoluciones firmes, me atraía la idea de abandonar Ruma e irme con el peregrino a Jorsalén.

Le pregunté:

—¿Y mis compañeros?

—Déjalos atrás. Me está prohibido viajar con personas que no pertenecen a alguna hermandad, y no quiero viajar con mujeres. Tú y yo, Vigía, iremos a Jorsalén juntos.

Avluela, que había seguido la conversación enfurruñada, me dirigió una mirada de terror.

—No los abandonaré—contesté.

—Entonces iré a Jorsalén solo—dijo el Peregrino. Vi surgir de su manga una mano descarnada, de blancos y largos dedos. Toqué reverentemente las puntas de sus dedos con los míos, y el Peregrino me dijo—: Que la Voluntad te brinde ayuda, amigo Vigía. Y cuando llegues a Jorsalén, búscame.

Siguió su camino sin conversar más.

Gormon me dijo entonces:

—Tú te hubieras ido con él, ¿verdad?

—Lo consideraré seriamente.

—¿Qué podrías hallar en Jorsalén que no haya aquí? Aquella es una ciudad santa, pero también ésta lo es. Aquí podrás descansar. No creo que seas capaz de caminar mucho por ahora.

—Tal vez tengas razón—le contesté. Y con el resto de mis energías me dispuse a atravesar los portales de Ruma.

Atentos ojos nos escudriñaban desde las ranuras existentes en las paredes. Cuando nos hallábamos en la mitad del camino que trasponía el arco de entrada, un centinela gordo, con la cara llena de marcas, nos dio el alto y preguntó qué veníamos a hacer en Ruma. Yo me apresuré a hacerle saber cuál era mi hermandad y propósitos, a lo que él contestó con un bufido de disgusto.

—Vete a otra parte, Vigía. Aquí necesitamos exclusivamente hombres que nos sean útiles.

—Los Vigías somos útiles—le contesté con moderación.

—Sin duda, sin duda. —Mirando a Avluela me preguntó—: ¿Y quién es ésta? los Vigías son solteros, ¿verdad?

—Es mi compañera de viaje.

El centinela echó una risotada.

—Apuesto a que es una ruta que atraviesas frecuentemente. A pesar de que no digo que valga mucho. ¿Qué edad tiene? ¿Trece? ¿Catorce? Ven aquí, muchacha. Déjame revisarte a ver si traes contrabando.—Paso las manos rápidamente sobre el cuerpo de

Avluela, refunfuñando cuando tocó sus pechos y luego alzando las cejas palpó los dos bultos de sus alas en la espalda.—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? Tienes más en la espalda que adelante. ¿Eras una Voladora? Esto no me gusta nada. Voladoras unidas a desagradables Vigías viejos.—Se rió entre dientes y puso la mano sobre el cuerpo de Avluela en una forma que hizo que Gormon se le abalanzara, con el furor pintado en el rostro. Afortunadamente pude sujetarle la muñeca a tiempo, utilizando toda mi fuerza para impedir que nos arruinara a todos al atacar a un centinela. Gormon tiró de mí, con lo que casi me derriba, pero luego se calmó y se mantuvo tranquilo, esperando a que el rudo guardia terminara de buscar el «contrabando» sobre Avluela.

Finalmente, el centinela se volvió con disgusto hacia Gormon y le preguntó:

—¿Y tú, qué eres?

—Sin hermandad, señor—le contestó Gormon en tono cortante—. Un humilde y poco valioso producto de la teratogénesis, pero, sin embargo, un hombre libre que desea entrar en Ruma.

—¿Piensas que necesitamos más monstruos?

—Como muy poco y trabajo fuerte.

—Trabajarías más aún si te castraran —dijo el centinela.

Gormon se agitó. Yo pregunté:

—¿Podemos entrar?

—Un momento.—El centinela se puso su gorro caperuza pensante y entrecerró los ojos mientras transmitía un mensaje a los depósitos de memoria. Su cara se puso tensa por el esfuerzo; luego sus facciones se relajaron y pocos momentos después vino la respuesta. No podíamos oír lo que se decía, pero por su expresión de desilusión vimos de inmediato que no había razón alguna para rehusarnos la entrada a Ruma.

—¡Pasen!—nos dijo—. Los tres. ¡Rápido!

Atravesamos la entrada.

Gormon dijo:

—Podría haberlo partido en dos de un golpe.

—Y te habrían castrado al llegar la noche. Un poco más de paciencia y habremos entrado en Ruma.

—La forma en que la manoseó...

—Adoptas una actitud demasiado posesiva hacia Avluela—le contesté—. Recuerda que es una Voladora, y que no puede tener relaciones sexuales con los que no pertenecen a una hermandad.

Gormon ignoró lo que dije, y me replicó:

—No provoca en mí más deseos que tú, Vigía, pero me duele que sea maltratada. Lo hubiera matado si tú no me sujetas.

Avluela preguntó:

—¿Y dónde nos alojaremos, ahora que estamos en Ruma?

—Espera hasta que hallemos los edificios de mi hermandad—le contesté—. Me registraré en la Posada de los Vigías. Luego, tal vez, podamos ir al alojamiento de los Voladores para comer algo.

—Y luego —dijo Gormon secamente— iremos al Albañal de los Sin Hermandad, a mendigar unas monedas.

—Te tengo piedad, porque no tienes hermandad—le repliqué—. Pero me parece mal que te compadezcas tanto a ti mismo. Vamos.

Tomamos por una callejuela tortuosa que llevaba lejos de la entrada, hacia Ruma. Nos hallamos en los suburbios, una sección residencial de casas bajas y cuadradas, coronadas por las instalaciones defensivas. Más allá estaban las torres brillantes que habíamos visto desde el campo; lo que quedaba de la antigua Ruma, cuidadosamente preservado durante diez mil años o más; el mercado, la zona industrial, los edificios de comunicaciones, los templos de la Voluntad, los depósitos de memoria, los refugios de los que dormían, los lupanares de los extraterrestres, los edificios del gobierno, los lugares de concentración de las distintas hermandades.

En una esquina hallé una caperuza pensante, para uso público, y me la coloqué en la cabeza. Inmediatamente mis pensamientos atravesaron el conducto que la unía con la estación, y de allí a uno de los cerebros almacenados en el depósito de memoria. Miré hacia la estación y pude ver el cerebro arrugado, de color gris, destacándose en el fondo verde del lugar donde estaba alojado. Una vez, un Memorizador me contó que en ciclos pasados los hombres construían máquinas pensantes para que los ayudaran, pero que estas máquinas eran terriblemente caras y requerían muy amplios espacios para contenerlas, además de que debían ser alimentadas con enormes flujos de energía. Esta no fue la peor de las locuras cometidas por nuestros antepasados, pero ¿por qué construir cerebros artificiales, cuando cada día la muerte pone a nuestra disposición grandes cantidades de ellos, magníficamente apropiados para ser conservados en los depósitos de memoria? ¿Sería que no tenían conocimientos suficientes como para utilizarlos? Me cuesta creerlo.

Le di al cerebro la identificación de mi hermandad y le pregunté las coordenadas de los edificios correspondientes. Las recibí instantáneamente y partimos, con Avluela caminando a un lado y Gormon a otro, mientras yo empujaba el carrito en el cual llevaba mis instrumentos.

La ciudad estaba llena de gente. No había visto estas multitudes en el soñoliento y cálido Agupto, ni tampoco en ningún otro lugar por el cual hubiera pasado en mis viajes. Las calles estaban pobladas de Peregrinos, llenos de secretos y enmascarados.

Junto a ellos pasaban los atareados Memorizadores, los melancólicos Mercaderes, y a veces se veía pasar la litera de algún Amo. Avluela divisó a varios Voladores pero las reglas de su hermandad le prohibían ponerse en contacto con ellos hasta que no hubiera cumplido los rituales de purificación. Lamento tener que admitir que vi a varios Vigías, todos los cuales me miraron con desdén, sin atisbos de una bienvenida. Noté que había muchos Defensores y también se hallaban ampliamente representados las hermandades menores, tales como los Vendedores, Servidores, Manufactureros, Escribas, Comunicadores y Transportadores. Naturalmente, una gran cantidad de neutros se afanaban silenciosa y humildemente en sus labores, y numerosos extraterrestres, de todas las descripciones, recorrían las calles; muchos de ellos probablemente turistas, y otros tal vez empeñados en realizar algún tipo de negocio con los sombríos y empobrecidos pobladores de la Tierra. Noté la presencia de muchos Mutantes que cojeaban furtivamente a través de la multitud, ninguno de ellos de un porte tan orgulloso como el de Gormon, que se hallaba al lado de mí. En realidad, era único entre los de su clase; los otros, con la piel manchada y descolorida, asimétricos, carentes de miembros o con apéndices de más, deformados en mil maneras imaginativas y artísticas, se escabullían, bizqueaban, restregaban los pies contra el suelo, se arrastraban, eran carteristas, buhoneros, traficantes de arrepentimientos, compradores de chafalonías, y ninguno de ellos se mantenía erguido como si se considerara un hombre. La información que me había dado el cerebro era exacta y en menos de una hora de camino llegamos a la Posada de los Vigías. Les pedí a Gormon y Avluela que me esperaran afuera y yo entré, arrastrando mi carrito.

En la sala inmediata a la entrada descansaban unos cuantos miembros de la hermandad. Les dediqué la señal acostumbrada, a la que ellos respondieron lánguidamente. ¿Eran ellos los guardianes de la seguridad de la Tierra? Me parecieron en extremo simples y debiluchos.

—¿Dónde puedo registrarme?—les pregunté.

—¿Eres nuevo? ¿De dónde vienes?

—Agupto fue el último lugar en que me registré.

—Debiste haberte quedado allí. No tenemos necesidad de Vigías en Ruma.

—¿Dónde puedo registrarme?

Un jovencito con aire vanidoso me indicó una pantalla que se hallaba en el fondo del gran salón. Me dirigí a ella y coloqué allí las puntas de los dedos. Fui interrogado, y contesté dando mi nombre, algo que un Vigía puede hacer solamente cuando se dirige a otro miembro de la hermandad y dentro del recinto de una posada. Se abrió un panel y apareció un hombre de ojos saltones, que lucía el emblema de los Vigías en su mejilla derecha en vez de hacerlo en la izquierda, signo de su alto rango en la hermandad, me llamó por mi nombre y me dijo:

—No deberías haber venido a Ruma. Estamos por encima de la cuota de Vigías que corresponde.

—Reclamo que se me dé alojamiento y trabajo, de todas maneras.

—Un hombre con tu sentido del humor debió haber nacido dentro de la hermandad de los Payasos —me contestó.

—No veo dónde está la broma.

—De acuerdo con leyes promulgadas recientemente por nuestra propia hermandad, una posada no tiene la obligación de aceptar nuevos huéspedes, una vez que ha llegado al máximo de su capacidad. Nosotros no tenemos más sitio, así que adiós, amigo.

Quedé horrorizado.

—No sabía nada de tales reglas. ¡Esto es realmente increíble! ¿Cómo puede ser que en una posada de la hermandad se rechace a uno de los miembros? ¿Cómo se puede rechazar a un hombre de mi edad, que llega cansado después de haber cruzado el Puente de Tierra, en viaje desde Agupto, y que arriba a Ruma sin tener dónde alojarse ni dónde comer?

—¿Por qué no nos preguntaste antes de venir?

—No tenía idea de que fuera necesario.

—De acuerdo con las nuevas reglas...

—¡Que la Voluntad confunda a las nuevas reglas! —le grité—. Quiero ser alojado. Trabajo de Vigía desde antes de que tú nacieras, y no permitiré que se me deje en la calle.

—Tómalo con calma, hermano.

—No dudo que habrá algún lugar donde alojarme, y algo que haya sobrado para comer.

A medida que mi tono cambió de la ira a la súplica, su expresión se ablandó, pasando de la indiferencia al desdén.

—No tenemos alojamiento ni comida. Corren tiempos difíciles para nuestra hermandad. Hay rumores que dicen que seremos desbandados, puesto que piensan que somos un lujo inútil y que drenamos los recursos de la Voluntad. Ya estamos demasiado limitados. La gran cantidad de Vigías que hay en Ruma hace que nuestras raciones se hayan achicado, y si te admitimos serán todavía más pequeñas.

—Pero ¿adónde iré? ¿Qué puedo hacer?

—Te aconsejo—me contestó con suavidad—que te encomiendes a la piedad del príncipe de Ruma.

IV

Salí, y cuando le conté a Gormon lo que había pasado, se rió tan furiosamente que las estrías de sus magras mejillas se enrojecieron como si fueran franjas sanguinolentas.

—¡La piedad del príncipe de Ruma! —repetía— ¡La piedad del príncipe de Ruma!

—Es habitual que el desgraciado vaya a pedir ayuda al dignatario local—le contesté con frialdad.

—El príncipe de Ruma no sabe lo que es piedad —me contestó Gormon—. ¡El príncipe te hará comer las piernas para calmar tu hambre!

—Tal vez—dijo Avluela—deberíamos tratar de encontrar la posada de los Voladores. Es posible que allí nos den de comer.

—No a Gormon—le contesté—. Tenemos obligaciones unos con otros.

—Tal vez nos sea posible compartir con él lo que nos den si nos espera afuera.

—Prefiero ir primero a la corte—insistí—. Asegurémonos de si recibiremos o no ayuda. Luego podremos improvisar algunas comodidades, en caso de que nos sea imprescindible.

La muchachita asintió, y nos dirigimos al palacio del príncipe de Ruma, un macizo edificio situado frente a una plaza rodeada de columnas, del lado opuesto al río que divide la ciudad en dos.

En la plaza fuimos acosados por una multitud de mendigos de todas clases, algunos de los cuales no eran de la Tierra. Un extraño ser con tentáculos delgados y una cara arrugada y carente de nariz, se me abalanzó pidiendo limosna, hasta que Gormon lo empujó para que se apartara de mí. Poco después, otra criatura igualmente extraña, de piel marcada con depresiones luminiscentes, y con miembros en los cuales poseía múltiples ojos se aferró a mis rodillas y me suplicó, en nombre de la Voluntad, que le diera algo.

—Soy un pobre Vigía—le dije, señalando mi carrito—y yo también vengo a pedir ayuda.

Pero el extraño ser persistió, balbuceando entre sollozos sus desventuras con una voz de suave ronquera. Finalmente, y para gran disgusto de Gormon, eché unas tabletas de comida en la depresión que presentaba en el pecho. Luego proseguimos abriéndonos camino hasta las puertas del palacio. En el pórtico vimos un feo espectáculo: un Volador mutilado, con sus frágiles miembros doblados y retorcidos; una de sus alas se hallaba semidesplegada, pero la otra parecía haber sido arrancada. El Volador se abalanzó sobre Avluela, la llamó por un nombre que no era el suyo y derramó tan copiosas lágrimas que mojó los pantalones de la muchacha manchándolos con húmedos parches.

—Haz que me admitan en la posada—le pidió—. Me han echado porque soy inválido, pero si tú me ayudas...—Avluela le explicó que nada podía hacer puesto que ella misma era extranjera. El pobre Volador no la soltaba, hasta que Gormon, con gran delicadeza, lo levantó y, con el cuidado debido a ese triste conjunto de secos huesos, lo depositó en el suelo. Subimos hasta el pórtico y allí nos enfrentamos a un trío de neutros de blandas facciones, que nos preguntaron qué buscábamos, haciéndonos luego pasar a la línea siguiente. Esta estaba custodiada por dos Señaladores que,

hablando al unísono, nos interrogaron.

—Pedimos audiencia—les dije— Es para solicitar la piedad del Príncipe.

—La audiencia será dentro de cuatro días—dijo el señalador de la derecha—. Haremos constar vuestra petición en la lista.

—¡No tenemos dónde dormir! —exclamó Avluela—. ¡Tenemos hambre! Nosotros...

La hice callar. Gormon, mientras tanto, estaba buscando a tientas en su sobrebolsa. Retiró de ella unos objetos brillantes: trozos de oro, el metal eterno, con imágenes de caras barbadas y de narices aguileñas. Las había hallado rebuscando en las ruinas. Le tiró una de ellas al Señalador que nos había rechazado. El hombre la recibió, le pasó el pulgar por la superficie brillante y finalmente la guardó en una de los pliegues de su vestimenta. El otro hombre nos dirigió una mirada expectante. Gormon, sonriendo le dio otra moneda.

—Tal vez—les dije—podamos pedir una audiencia inmediatamente.

—Tal vez sea posible—dijo una de los Señaladores—. Pasen.

Así fue que entramos en la nave del palacio, y nos enfrentamos con el gran pasaje central que conducía a la cámara del trono, situada en el ábside. Aquí hallamos más mendigos, los que tenían licencia debido a concesiones que se transmitían en forma hereditaria, y gran cantidad de Peregrinos, Comunicadores, Memorizadores, Músicos, Escritas y Señaladores. Escuche las plegarias musitadas; hasta mí llegaba el olor del incienso y las vibraciones de subterráneos gongs. En ciclos pasados, este edificio había sido el centro de una de las viejas religiones: la de los cristianos. Esto me lo dijo Gormon, haciéndome sospechar una vez más, que tal vez fuera un Memorizador que quería hacerse pasar por un Mutante. También me dijo que actualmente seguía manteniendo algo de su carácter sagrado, a pesar de ser el centro del gobierno secular. Pero ¿cómo íbamos a hacer para ver al Príncipe?

A mi izquierda se hallaba una pequeña capilla, muy bien ornamentada, donde entraban, lentamente, una serie de Mercaderes y Terratenientes de aspecto próspero. Espiando al pasar vi que había tres cráneos montados en un artefacto en forma de signo de interrogación—un depósito de memoria—y al lado de éste se hallaba un corpulento escriba. Le pedí a Gormon y a Avluela que me esperaran, y me incorporé a la fila.

Esta se movía muy lentamente y tardé casi una hora hasta llegar al artefacto. Los cráneos parecieron mirarme con sus órbitas vacías; en su interior bullían los líquidos nutricios que mantenían vivo al cerebro sin cuerpo, pero funcional, cuyos billones de unidades sinápticas servían ahora como incomparables conservadores de memoria. El Escriba pareció sorprendido de hallar a un Vigía en la fila, pero antes de que pudiera decirme nada, yo me dirigí a él abruptamente.

—Vengo como extranjero a solicitar el favor del Príncipe. Mis compañeros y yo no tenemos dónde alojarnos. Mi propia hermandad me ha rechazado. ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo solicitar y obtener una audiencia?

—Vuelve dentro de cuatro días.

—He dormido en los caminos durante más tiempo, ahora necesito descansar.

—Ve a una hostería pública.

—¡Pero yo pertenezco a una hermandad! —protesté—. Las hosterías públicas no me admitirán porque mi hermandad tiene aquí su propio establecimiento, y a la vez, en la Posada de la hermandad me han rechazado a causa de una nueva regla recientemente votada. ¿Comprendes ahora mi problema?

Con voz cansada, el Escriba me replicó:

—Puedes solicitar una audiencia especial. Te será negada, pero de todos modos puedes solicitarla.

—¿Dónde?

—Aquí. Tienes que hacer figurar tu propósito.

Me identifiqué dirigiéndome a los cráneos, les di también los nombres y demás señas de mis dos compañeros. Todo esto fue absorbido y transmitido a los otros cerebros que se hallaban en algún lado de la gran ciudad, y cuando terminé, el Escriba me dijo:

—Si la solicitud es aprobada, se te notificará.

—Mientras tanto ¿dónde debo esperar?

—Te sugiero que lo hagas cerca del palacio.

Comprendí. Debería unirme a la legión de miserables que se aglomeraban en la plaza. ¿Cuántos de ellos habían pedido algún favor especial al Príncipe y se hallaban allí, meses o años después, esperando ser llevados a su presencia? Durmiendo sobre el duro suelo, mendigando unas mendrugos y viviendo en inútil espera.

Pero ya había probado todas las posibilidades. Volví donde estaban Gormon y Avluela, les informé lo que pasaba y les sugerí que tratáramos de hallar cualquier lugar. Gormon, sin hermandad, podía alojarse en cualquiera de las pobres hosterías públicas que se mantenían para las gentes como él. Avluela tal vez pudiera hallar alojamiento en la posada de su hermandad; solamente yo me vería precisado a dormir en las calles, si bien no sería la primera vez. Pero deseé que no tuviéramos que separarnos. Comencé a pensar en nosotros como en una familia, si bien este era un extraño pensamiento en un Vigía.

Cuando nos dirigiáramos hacia la salida, mi marcador del tiempo me indicó que ya era hora de efectuar mi observación. Es tanto mi obligación como mi privilegio el realizar mi tarea no importa cuál sea el lugar donde me encuentre, siempre que se haya cumplido la hora. Por lo tanto me detuve, abrí mi carrito y activé mi equipo. Gormon y Avluela se quedaron al lado mío.

Vi burla y desprecio en las caras de los que pasaban junto a mí entrando y saliendo del palacio. Ya el trabajo de los Vigías no se tenía en cuenta, puesto que habíamos observado el espacio durante largo tiempo, sin que la tan temida invasión se hubiera producido jamás. Sin embargo, mis deberes eran todo para mí, no importa cuán cómicos pudieran parecerle a los demás. Lo que para algunos es un insignificante ritual, constituye la vida entera para otros. Tenazmente, meforcé a entrar en el estado de observación. El mundo que me rodeaba desapareció para mí, y penetré en los espacios infinitos. La alegría que esto me producía, tan familiar para mí, me absorbió por completo, e investigué los lugares que me eran conocidos, y otros que ya no lo eran tanto. Mi mente amplificada saltaba entre las galaxias con salvaje alegría. ¿Se estaba reuniendo una armada? ¿Había tropas ejercitándose para conquistar la tierra? Vigilaba cuatro veces por día, y lo mismo hacían otros miembros de la hermandad, todos a horas ligeramente distintas, de modo tal que permanentemente había una mente escrutando los cielos. Realmente no creo que esta tarea pudiera considerarse insignificante.

Cuando volví a tener conciencia de mí mismo, una voz metálica anunciaba: "¡...al príncipe de Ruma! ¡Abran paso al príncipe de Ruma!"

Parpadeando, traté de liberarme de los últimos ramalazos de mi concentración. Un magnífico palanquín había emergido desde el fondo del palacio, y se acercaba hacia donde yo estaba, avanzando por la nave, llevado por una falange de neutros. Cuatro hombres, con los trajes ornados de los Amos, flanqueaban la litera, precedida por un trío de Mutantes, cuyas gargantas se habían modificado para poder imitar los sonidos de las ranastoro. A medida que avanzaban emitían sonidos similares a los de las trompetas, de majestuosa resonancia.

Me pareció raro que un príncipe admitiera Mutantes a su servicio, aun siendo tan raramente dotados. Mi carrito se hallaba en el camino de esta magnífica procesión, por lo que me apresuré a acercarlo y ponerlo a un lado antes de que llegaran hasta donde estábamos. La edad y el miedo hicieron que mis dedos lucharan torpemente, y no pude sellar los instrumentos con el cuidado necesario. Mientras me afanaba, los vanidosos Mutantes se acercaron tanto que el ruido de sus gargantas se tornó ensordecedor, y Gormon trató de ayudarme, obligándome a que le recordara por lo bajo que quien no pertenecía a nuestra hermandad no podía tocar los instrumentos. Lo empujé y un instante más tarde una vanguardia de neutros se abalanzó sobre mí para echarme del lugar a latigazos.

—En nombre de la Voluntad—exclamé—, ¡soy un Vigía!

Y como respuesta me llegó una voz tranquila y profunda que decía:

—Dejadlo estar. Es un Vigía.

Inmediatamente se interrumpieron los movimientos. El príncipe de Ruma había hablado.

Los neutros se retiraron. Los Mutantes cesaron sus trompeteos los que portaban el palanquín lo bajaron hasta el nivel del suelo. Todos los que se hallaban en la nave del

palacio habían retrocedido, salvo Gormon, Avluela y yo. Las brillantes cortinillas del palanquín se abrieron y dos de los Amos se adelantaron e introdujeron sus manos a través de la barrera sónica ofreciéndole ayuda a su Príncipe. La barrera se interrumpió con un quejido.

El príncipe de Ruma hizo su aparición.

¡Era tan joven! Poco más que un muchachito, de cabello espeso y negro, de rostro fresco. Pero se veía que había nacido para mandar, y a pesar de su juventud su porte era tan autoritario como no he visto jamás. Sus labios eran delgados y los mantenía firmemente cerrados; su nariz, era aguda y agresiva, sus ojos eran dos lagos infinitos. Llevaba el atavío enjoyado de los Dominadores, pero en su mejilla se veía la cruz de doble brazo de los Defensores, y alrededor de su cuello lucía el chal de los Memorizadores. Un Dominador puede pertenecer a cuantas hermandades desee, y es raro que no sean también Defensores, pero me extrañó ver que este príncipe era también un Memorizador. Esta no es, habitualmente, una hermandad elegida por los fuertes.

Me miró con interés y me dijo:

—Has elegido un extraño lugar para efectuar tu vigilancia, anciano.

—Mi señor, la hora determinó el lugar. Aquí me hallaba, y aquí el deber me alcanzó. No podía saber que me iba a encontrar en vuestro camino.

—¿Tu búsqueda no halló enemigos?

—No, mi señor, ninguno.

Casi abusé de mi suerte y, aprovechándome de la tan extraña aparición del Príncipe, estuve tentado de solicitarle su favor, pero su interés en mí se apagó como una llama vacilante, mientras yo me mantenía a la expectativa y no me atrevía a llamarlo, una vez que él hubo desviado la cabeza. Luego sus ojos cayeron sobre Avluela. Su mirada se iluminó, y los músculos de su mandíbula temblaron. Sus delicadas fosas nasales aspiraron el aire.

—Ven aquí, pequeña Voladora—dijo inclinando la cabeza—. ¿Eres amiga del Vigía?

Ella asintió, aterrorizada.

El príncipe le tendió una mano y tomó la de ella, ella flotó hasta el palanquín, y el joven Dominador la atrajo, atravesando la cortinilla, con una sonrisa tan maligna que pareció una parodia de perversidad. Instantáneamente un par de Amos hicieron funcionar nuevamente la barrera sónica, pero la procesión no avanzó. Me mantuve inmobilizado. Gormon, al lado de mí, parecía congelado, su poderoso cuerpo se mantenía rígido como una estaca. Llevé mi carrito hacia un lugar menos conspicuo. Los segundos parecían eternos. Los cortesanos se mantuvieron en silencio, con la vista discretamente alejada del palanquín.

Finalmente, las cortinillas se apartaron una vez más. Avluela apareció, tambaleándose,

su cara estaba pálida, sus ojos parpadeaban rápidamente. Parecía desconcertada. Por sus mejillas se deslizaban surcos de transpiración. Casi cae al suelo, y un neutro debió sostenerla para que pudiera volverse a poner de pie. Se podía ver que sus alas se hallaban parcialmente desplegadas, levantando su chaqueta y dándole una apariencia de joroba, lo que significaba que se hallaba en un estado de intensa emoción. Vino hasta nosotros con pasos indecisos, temblando y sin poder articular palabra. Me dedicó una mirada y luego se arrojó en los brazos de Gormon.

Los servidores levantaron el palanquín. El príncipe de Ruma salió de su palacio.

Cuando se hubo ido, Avluela exclamó roncamente:

—El príncipe de Ruma nos ha ofrecido alojamiento en la hostería Real.

V

Por supuesto, los encargados de la hostería no quisieron creernos.

Los huéspedes de palacio eran alojados en la hostería Real, situada en los fondos del edificio, en un pequeño jardín de extrañas flores y lujuriosa vegetación. Los ocupantes habituales son los Amos, ocasionalmente algún Dominador o, caso excepcional, algún Memorizador particularmente importante que se halle realizando un tipo de investigación de tanta significación como para merecer hospedaje, o bien algún Defensor de alto grado, cuya visita se deba a propósitos de alta estrategia. El hecho de alojar allí a un Volador sería verdaderamente extraño, el admitir a un Vigía sería muy poco probable, pero el ingreso de un Mutante o de otro ser sin hermandad era algo que escapaba a toda posible comprensión. Cuando nos presentamos, por lo tanto, encontramos que los Servidores nos dispensaron un trato que osciló entre la diversión, que les produjo lo que creyeron una broma, luego la irritación y finalmente el desdén.— ¡Fuera de aquí!—nos gritaron— ¡Basuras humanas! ¡Gentuza! Avluela les dijo con seria determinación:—No puede echarnos, puesto que el Príncipe nos ha dado alojamiento aquí.— ¡Fuera! ¡Fuera! Un desdentado Servidor sacó una cachiporra neutral y la blandió en la cara de Gormon, diciéndole, al mismo tiempo, algo muy ofensivo sobre su carencia de hermandad. Gormon le arrebató la cachiporra de la mano, sin hacer caso del dolor, y pateó al hombre en la barriga, con lo que éste retrocedió, resoplando. Un enjambre de neutros salió corriendo de la hostería. Gormon alzó en vilo a uno de los Servidores y lo arrojó entre los que se aproximaban, transformándolos en un atontado y desorientado montón. Gritos y maldiciones atrajeron la atención de un venerable Escriba, que se abrió paso hasta la puerta, exigió que se hiciera silencio y escuchó nuestra historia—Esto es fácilmente comprobable—dijo, una vez que Avluela le contó lo ocurrido. A un Servidor le ordenó, con desdén: — ¡Envía a preguntar inmediatamente a los Señaladores! A su tiempo la confusión se aclaró, y fuimos debidamente admitidos. Nos dieron cuartos separados, pero situados uno al lado del otro. Nunca en mi vida había disfrutado de tanto lujo, y probablemente nunca vuelva a gozarlo. Los cuartos eran largos, altos y profundos. Se entraba en ellos a través de accesos telescópicos, regulados de acuerdo a la producción térmica de cada uno, para asegurar de tal modo la inviolabilidad. Las luces se encendían cuando el residente hacía un leve gesto, puesto que del techo y de las paredes colgaban globos con agujas de luces esclavas traídas de los Mundos de la Luz y entrenadas a base de sufrimientos para obedecer

tales órdenes. Las ventanas aparecían y desaparecían a voluntad. Cuando se las usaba, se ocultaban en banderolas cubiertas con gasas casi sensitivas, traídas de otros mundos, que no sólo eran bellamente decorativas, sino que también funcionaban como monitores, para producir deliciosos perfumes de acuerdo a lo solicitado. Los cuartos se hallaban equipados con caperuzas pensantes individuales, conectadas al depósito principal de memoria. Tenían también conductos que convocaban a los Servidores, Escribas, Señaladores o Músicos, según fueran los deseos. No hay duda de que un hombre de mi hermandad no haría jamás uso de otros seres humanos en esta forma, puesto que podría despertar su resentimiento. Pero, de todos modos, para nada los necesitaba. No le pregunté a Avluela sobre lo que había ocurrido en el palanquín del Príncipe, y que había desembocado en nuestro ingreso en la hostería Real. Pero bien podía imaginármelo, tal como le sucedía a Gormon, cuya mal enmascarada ira denunciaba a las claras su no admitido amor por mi pequeña y esbelta Voladora.

Nos instalamos. Coloqué mi carrito junto a la ventana, lo envolví en gasas y quedó así listo para mi próximo periodo de observación. Lavé mi cuerpo mientras las extrañas entidades adheridas a la pared cantaban para transmitirme un sentimiento de paz. Luego comí y posteriormente Avluela vino a mi cuarto, fresca y relajada por el reciente baño, para hablar tranquilamente de nuestras experiencias.

Gormon no apareció durante varias horas. Llegué a pensar que tal vez hubiera abandonado la hostería, hallando la atmósfera demasiado enrarecida para su gusto y buscando la compañía de otros seres sin hermandad. Pero, en el crepúsculo, Avluela y yo paseábamos por el recinto cerrado que configuraba el jardín de la hostería y subimos a una rampa para ver salir las estrellas en el cielo de Ruma; allí estaba Gormon. Con él, estaba un descarnado hombre que llevaba el chal de los Memorizadores. Estaban hablando en tono muy bajo.

Gormon me saludó y me dijo:

—Vigía, quiero que conozcas a mi nuevo amigo.

El delgadísimo personaje acarició su chal.

—Yo soy el Memorizador Basil—me dijo con una voz tan tenue que parecía un fresco arrancado de la pared que adornara—. He venido desde Perris a ahondar en los misterios de Ruma. Pienso permanecer aquí muchos años.

—Este Memorizador cuenta historias verdaderamente maravillosas—dijo Gormon—, es uno de los más destacados de su hermandad. Cuando tú te acercabas, me estaba detallando las técnicas para revelar el pasado. Cavan una zanja profunda que atraviesa los estratos del tercer ciclo, y con aparatos que hacen el vacío levantan las moléculas de tierra para dejar al descubierto las capas antiguas.

—Hemos hallado—dijo Basil—las catacumbas de la Ruma imperial y las piedras de la Edad Arrolladora, así como libros escritos sobre placas de metal blanco, provenientes del Segundo Ciclo, aproximadamente. Todo esto será enviado a Perris, para ser examinado, clasificado y descifrado. Luego los enviaremos de vuelta. ¿Te interesa el pasado, Vigía?

—Hasta cierto punto—le contesté sonriendo—. Sin embargo, este Mutante que aquí ves siente mucha fascinación. A veces llega a dudar de su autenticidad. ¿Reconocerías tú a un Memorizador disfrazado?

Basil escrutó a Gormon, deteniéndose en los rasgos deformados y en sus poderosos músculos.

—No es un Memorizador —dijo finalmente—. Pero veo que tiene intereses de anticuario. Me ha hecho muchas preguntas interesantes.

—¿Cuáles fueron?

—Quiere saber cuál fue el origen de las hermandades. Me preguntó el nombre del cirujano que logró conformar a un Volador que pudiera reproducirse. Se pregunta por qué existen Mutantes, y si realmente se hallan bajo la maldición de la Voluntad.

—¿Y puedes responderle a estas preguntas?—le pregunté.

—A algunas—fue la respuesta.

—¿Sobre el origen de las hermandades?

—Fue para tratar de dar estructura y significado a una sociedad que había sido derrotada y destruida dijo el Memorizador— Al final del Segundo Ciclo, todo estaba subvertido. Nadie sabía cuál era su rango ni su propósito. Nuestro mundo estaba lleno de arrogantes extraterrestres que nos miraban como si fuéramos seres sin valor. Fue necesario establecer marcos de referencia fijos, de acuerdo a los cuales cada cuál pudiera conocer su posición frente a otra. Así aparecieron las primeras hermandades: Dominadores, Amos, Mercaderes, Manufactureros, Vendedores y Servidores. Luego vinieron los Escribas, Músicos, Payasos y Transportadores. Luego se tornó necesario contar con los Señaladores, los Vigías y los Defensores. Cuando los años de Magia nos dieron los Voladores y los Mutantes, se agregaron estas hermandades y luego se produjeron los sin hermandad, los neutros, de forma tal...

—Pero los Mutantes no tienen hermandad tampoco —dijo Avluela.

El Memorizador la miró por primera vez.

—¿Quién eres?—le preguntó.

—Soy Avluela, de los Voladores. Viajo con este Vigía y con este Mutante.

Basil continuó:

—Tal como le decía al Mutante, en los primeros tiempos, la gente como él pertenecía a una hermandad. Esta fue disuelta mil años atrás, por orden del Consejo de Dominadores, después de un intento de una fracción de Mutantes de tomar el poder de los lugares santos de Jorsalén. Desde entonces los Mutantes han sido privados de la hermandad, hallándose ahora sólo sobre los neutros.

—Es la primera vez que oigo esta historia—dije.

—Tú no eres un Memorizador—me dijo Basil, con aire afectado—; nuestra tarea es revelar el pasado.

—Es cierto. Tienes razón.

Gormon dijo:

—Y actualmente, ¿cuántas hermandades existen?

Desconcertado, Basil contestó con vaguedad:

—Por lo menos unas cien, mi amigo. Algunas son muy pequeñas. Otras tienen vigencia local solamente. Mi preocupación gira alrededor de las hermandades originales y de sus inmediatas sucesoras. Lo ocurrido en los últimos cien años quede para ser investigado por otros. ¿Quieres que pida alguna información especial para darte?

—No te preocupes—le dijo Gormon—. Era solamente una pregunta sin importancia.

—Tienes una curiosidad aguda en extremo—fue el comentario del Memorizador.

—Hallo que el mundo, y todo lo que en él se encuentra, es extremadamente fascinante. ¿Es esto un pecado?

—Es extraño—le replicó Basil—. Los sin hermandad raramente ven más allá de su limitado horizonte.

VI

Apareció un servidor, quien con una mezcla de curiosidad y desprecio hizo una genuflexión frente a Avluela y le dijo:

—El Príncipe ha regresado. Son sus deseos que vayas ahora al palacio a hacerle compañía.

El terror hizo brillar los ojos de la muchachita, pero estaba fuera de toda posibilidad el negarse.

—¿Debo ir ahora, contigo?—preguntó.

—Sí, por favor. Deberás vestirme y perfumarte. Desea que vayas a su encuentro con las alas desplegadas, además.

Avluela asintió. El Servidor la guió hacia el palacio.

Permanecimos en la rampa unos minutos más. Basil, el Memorizador, nos habló de los viejos tiempos de Ruma, y yo escuché mientras Gormon trataba de ver a través de la oscuridad creciente. Después de un rato el Memorizador se excusó, pues su garganta se hallaba seca por el esfuerzo, y se fue moviéndose solemnemente. Unos pocos momentos después en el patio situado debajo nuestro, se abrió una puerta y por ella

apareció Avluela, caminando como si perteneciera a los Sonámbulos y no a los Voladores.

Estaba desnuda, y su frágil cuerpo brillaba espectralmente blanco bajo las estrellas. Sus alas se hallaban desplegadas y se movían lentamente en una triste sístole y diástole. Dos Servidores la llevaban tomada de los brazos, conduciéndola hacia el palacio como si fuera un facsímil onírico de sí mismo, en vez de una muchachita real.

—¡Vuela, Avluela, vuela!—oí que susurraba Gormon—. ¡Escapa mientras puedes!

Avluela desapareció por una entrada lateral del palacio.

El Mutante me miró y me dijo:

—Se ha vendido al Príncipe para que nosotros tuviéramos donde alojarnos.

—Así parece.

—¡Podría derrumbar este palacio!

—¿La amas?

—Ya deberías haberte dado cuenta.

—Tendrás que olvidarla—le aconsejé—. Eres un hombre poco común, pero una Voladora es demasiado para tí. Especialmente una Voladora que ha compartido el lecho con el príncipe de Ruma.

—Pasa de mis brazos a los suyos.

Esto me confundió.

—¿La has conocido?—le pregunté.

—Más de una vez—me dijo sonriendo con tristeza—. En el momento del éxtasis sus alas baten el viento como las hojas en una tormenta.

Me así de la baranda de la rampa, para no caerme al patio. Las estrellas giraban sobre mi cabeza, la vieja luna y sus dos consortes de blanca faz saltaban y se meneaban ante mis ojos. Me sobresalté sin comprender por completo la causa de mi emoción ¿Era ira porque Gormon se había atrevido a violar un canon de la ley? ¿Era una manifestación de los sentimientos falsamente paternos que tenía por Avluela? ¿O era simplemente envidia de Gormon, que se había atrevido a cometer un pecado que estaba más allá de mi capacidad, pero no de mis deseos?

Le dije:

—Podrían destruirte el cerebro por lo que has hecho. Serían capaces de hacer añicos tu alma. Y ahora me has convertido en tu cómplice.

—No me importa. Este príncipe ordena y obtiene lo que desea. Pero ha habido otros

antes. Tenía que hacérselo saber a alguien.

—¡No sigas! ¡Por favor, no sigas!

—¿La volveremos a ver?

—Los príncipes se cansan pronto de sus mujeres. Dentro de unos pocos días, tal vez de una sola noche, nos la devolverá. Y es posible que entonces tengamos que abandonar la hostería.—suspiré—. Por lo menos habremos tenido unas cuantas noches de estas magníficas comodidades.

—¿Y adónde irás, entonces?—me preguntó Gormon.

—Me quedaré en Ruma durante un tiempo.

—¿Aunque tengas que dormir en la calle? No parece haber mucha demanda de Vigías.

—Ya me arreglaré—le contesté—. Luego tal vez me dirija a Perris.

—¿Para aprender las enseñanzas de los Memorizadores?

—Para conocer Perris. ¿Y a tí, qué? ¿Qué buscas en Ruma?

—Quiero a Avluela.

—¡No hables más así!

—Muy bien—contestó. Y su sonrisa era amarga—. Pero aquí me quedaré hasta que el Príncipe se canse de ella. Entonces haré que sea mía, y hallaremos la forma de sobrevivir. Quienes no tienen hermandad suelen echar mano a muchos recursos. No tienen otro remedio. Tal vez podamos obtener hospedaje en Ruma durante un tiempo y luego te seguiremos a Perris. Si aún quieres seguir viajando con monstruos y con Voladoras que han perdido la fe.

Me estremecí.

—Veremos a su debido tiempo.

—¿Has estado antes en compañía de un Mutante?

—No a menudo, ni por mucho tiempo.

—Me siento honrado—tamborileó sobre el parapeto—. No me eches de tu lado, Vigía. Tengo razones para quedarme contigo.

—¿Qué razones?

—Ver tu cara el día que tus instrumentos te digan que ha comenzado la invasión de la Tierra.

Me doblé hacia adelante, con los hombros caídos. —Te quedarás junto a mí durante

mucho tiempo, entonces.

—¿No crees que la invasión se produzca?

—Algún día, pero no pronto.

Gormon rió entre dientes.

—Te equivocas. Está casi sobre nosotros.

—¿Estás bromeando?

—¿Qué te pasa, Vigía? ¿Has perdido la fe? Se ha dicho durante mil años que otra raza ambiciosa la Tierra, y que un tratado se la ha concedido. Algún día vendrán a reclamar lo que es suyo. Esto se decidió al fin del Segundo Ciclo.

—Sé todo esto, si bien no soy Memorizador—luego me volví hacia él y pronuncié palabras que no pensé decir jamás—. Durante un tiempo que abarca dos veces tu vida, Mutante, he escuchado el mensaje de las estrellas y realizado mi vigilancia. Algo que se repite tan a menudo suele perder su significado. Repite tu nombre diez mil veces y será solamente un sonido hueco. He cumplido con mi deber, y lo he hecho correctamente, pero en las oscuras horas de la noche a veces pienso que vigilo en vano, que mi vida no ha servido para nada. En realidad, siento placer en mi deber de Vigía, pero tal vez no haya ninguna razón para que éste se cumpla.

Su mano encerró mi muñeca.

—Tu confesión es tan sorprendente como la mía. Ten fe, Vigía. ¡La invasión se acerca!

—¿Cómo puedes saberlo tú?

—Aun los sin hermandad tienen determinadas habilidades.

La conversación me perturbaba. Le pregunté:

—¿Es muy doloroso no tener hermandad?

—Uno aprende a reconciliarse con la idea. Y hay ciertas compensaciones para la falta de preeminencia. Puedo hablar libremente a todos.

—De esto no me cabe duda.

—También me muevo con libertad. Estoy siempre seguro de hallar comida y alojamiento, si bien la primera pueda ser muy desagradable, y el alojamiento muy pobre. Las mujeres se sienten atraídas hacia mí a pesar de todas las prohibiciones. Tal vez a causa de ellas. No me veo perturbado por ambición alguna.

—¿Nunca has deseado elevarte por encima de tu condición?

—Nunca.

—Tal vez hubieras sido más feliz como Memorizador.

—Soy feliz ahora. Puedo disfrutar de los placeres de un Memorizador sin compartir sus responsabilidades.

—¡Eres realmente vanidoso! ¡Hacer de tu falta de hermandad una virtud!

—¿Y de qué otra forma se puede tolerar las aflicciones que nos impone la Voluntad?— miró hacia el palacio—. Los humildes se elevan, los poderosos caen. Tómalo como una profecía, Vigía; este príncipe lujurioso sabrá mucho más acerca de la vida antes de que llegue el verano. ¡Le arrancaré los ojos por habérmela quitado!

—¡Palabras peligrosas! Estás lleno de ideas traicioneras esta noche.

—Te dije que lo consideraras una profecía.

—No podrás acercártele—le contesté, irritado por tomar en serio sus tonterías— ¿Y además, por qué lo culpas? No hace otra cosa que repetir las costumbres de todos sus iguales. Culpa a la muchacha por hacerle caso. Podría haberlo rechazado.

—Y perder sus alas. O morir. No, no tenía otro camino, ¡Pero yo sí!—En un súbito y terrible gesto, el Mutante extendió sus dedos índice y pulgar unidos, con largas uñas, y los hundió en unos ojos imaginarios.

—Espera—me dijo—, ¡ya verás!

En el patio aparecieron dos Cronománticos, armaron los instrumentos de su hermandad y encendieron pequeños cirios por los cuales adivinarían lo que habría de suceder al día siguiente. Hasta mi nariz llegó un desagradable olor de humo pálido y rosado. Yo ya había perdido todo interés en continuar hablando con el Mutante.

—Se hace tarde—le dije—. Debo descansar. Y pronto tendré que realizar mi vigilancia

—Vigila con cuidado—me dijo Gormon.

VII

Esa noche, en mi cuarto, realicé la cuarta y última observación del día, y por primera vez en mi vida detecté una anomalía. No pude interpretarla. La sensación era obscena, una mezcla de gustos y sonidos, la impresión de hallarme en contacto con una masa de dimensiones colosales. Preocupado, me aferré a mis instrumentos durante un lapso mucho más prolongado, pero al final de mi sesión no había podido percibir mayores detalles que al principio.

Luego me puse a cavilar sobre mis obligaciones.

Los Vigías han sido entrenados desde la niñez, para ser rápidos en dar la alarma, y dicha alarma debe darse cuando el Vigía considere que el mundo está en peligro ¿Estaba ahora obligado a notificar a los Defensores? Cuatro veces en mi vida se había dado la alarma, las cuatro en forma errónea, y cada uno de los Vigías que había

movilizado de tal manera innecesaria a las fuerzas de defensa sufrió una grave pérdida en su estado. Uno de ellos debió contribuir con su cerebro a los depósitos de memoria, otro se tornó un neutro, por vergüenza, otro destrozó sus instrumentos y se fue a vivir entre los sin hermandad, y el último, que quiso en vano continuar con sus ocupaciones, se vio despreciado y rechazado por sus camaradas. Yo no veía la ventaja de mofarme de quien hubiera dada una falsa alarma, porque, en última instancia, ¿no era mejor esto que la falta de advertencia? Pero tales eran las costumbres de mi hermandad, y me hallaba limitado por ellas.

Evalué entonces mi posición, decidiendo que no tenía motivos para dar la alarma.

Pensé que Gormon me había sugestionado con su charla, y que tal vez ahora estaba simplemente reaccionando a sus comentarios sobre una posible invasión.

No me sentía capaz de actuar. No me atrevía a poner en peligro mi posición con una falsa alarma. También desconfiaba de mi estado emocional.

Por lo tanto, no di la alarma.

Agitado, confundido, con el alma perturbada, cerré mi carrito y me hundí en un sueño pesado.

Al amanecer me desperté y me abalancé a la ventana, esperando hallar invasores en las calles. Pero todo se hallaba en calma. Una grisácea claridad de invierno pesaba sobre el patio, y adormilados Servidores pasaban empujando a los pasivos neutros.

Inquieto; me dediqué a la primer observación del día, y para mi gran alivio, no volví a experimentar la extraña sensación de la noche anterior, si bien no perdía de vista el hecho de que mi sensibilidad es mayor durante la noche que por la mañana, al despertar. Comí y me dirigí al patio. Gormon y Avluela ya se hallaban allí. La muchachita tenía un aspecto cansado y deprimido, después de la noche pasada con el príncipe de Ruma, pero nada le dije al respecto. Gormon, negligentemente recostado contra una pared, decorada con las caparazones de distintos moluscos, me preguntó:

—¿Fue buena tu observación?

—Sí, bastante buena.

—¿Qué haremos ahora?

—Quiero salir a conocer Ruma. ¿Vienen conmigo?

—Por supuesto —me contestó Gormon, mientras Avluela asentía con un gesto, y como buenos turistas, salimos a conocer la espléndida Ruma.

Gormon nos hizo de guía en las mezcladas ruinas de Ruma, lo que me pareció clara señal de que mentía al decir que no había estado allí antes. Con la misma precisión con que hubiera podido hacerlo un Memorizador, describió todo lo que íbamos viendo a medida que caminábamos por las tortuosas calles. Todos los dispersos niveles de miles de años se hallaban expuestos. Vimos las cúpulas de fuerza del Segundo Ciclo, y

el Coliseo, en el cual, durante una época inimaginablemente lejana los hombres y las bestias contendían como si fueran ambos criaturas de las selvas. En los restos desgarrados de ese edificio donde tantos horrores se habían sucedido, Gormon nos habló del salvajismo que imperaba en esa época tan lejana.

—Luchaban—nos dijo—desnudos frente a enormes multitudes. Los hombres se enfrentaban con las manos, sin arma alguna, a bestias llamadas leones, grandes gatos peludos con enormes cabezas, y cuando el león yacía derrotado en la arena, sobre su propia sangre, el hombre victorioso se dirigía al príncipe de Ruma y le pedía perdón de los crímenes que lo hubieran llevado a tal estado. Si había luchado bien, el príncipe hacía un gesto con la mano y el hombre era liberado—Gormon nos ilustró sobre el gesto: el pulgar hacia arriba, que se movía hasta sobresalir por el hombro varias veces—. Pero si el hombre se había portado con cobardía, o si el león se había distinguido de alguna manera al morir, el hombre era condenado a ser eliminado por una segunda bestia.—

Gormon también nos mostró cuál era ese gesto: el dedo medio sobresaliendo de un puño cerrado, y levantado en un solo tirón súbito.

—¿Cómo se han llegado a saber estas cosas?—preguntó Avluela, pero Gormon hizo como si no la hubiera oído.

Vimos la línea de columnas de fisión construidas en los primeros tiempos del Tercer Ciclo para extraer energía del núcleo de la Tierra, que aún funcionaban, si bien se hallaban manchadas y corroídas. Vimos el muñón que restaba de una máquina meteorológica del Segundo Ciclo, que todavía era una poderosa columna de una altura igual a la de veinte hombres. Vimos una colina en la cual las reliquias de mármol de la Ruma del Primer Ciclo surgían como pálidos agrupamientos de invernales flores de muerte. Penetrando en la parte interior de la ciudad pasamos por el asentamiento de amplificadores defensivos, que esperaban listos para lanzar el impacto de la Voluntad sobre los invasores. Llegamos hasta un mercado donde los visitantes de las estrellas regateaban con los campesinos para comprarles algún desenterrado fragmento de la antigüedad. Gormon pasó entre la multitud y compró varias cosas. Pasamos por una casa de lujuria para los visitantes extraterrestres donde se podía comprar desde una casi-vida hasta cumulus de hielo-pasión. Comimos en un pequeño restaurante situado a orillas del río Tíber, donde se servía a los sin hermandad con módulos desprovistos de toda ceremonia. Allí probamos, a insistencia de Gormon, unos montoncitos de una sustancia blanda y pastosa.

Luego pasamos por una arcada cubierta, en cuyos numerosos portales, rollizos vendedores ofrecían mercancías provenientes de las distintas estrellas, caras bebidas del Afreca y los endeblés productos de los manufactureros locales. Más allá nos encontramos con una plaza que tenía una fuente en forma de bote, detrás de ella se alzaba una escalera, de peldaños rayados y largamente usados, que llevaba a una zona cubierta de hierbas y pedruscos. Gormon nos hizo señas de que avanzáramos, y así pasamos por esta área desolada hasta llegar a un suntuoso palacio, aparentemente construido a principios del Segundo Ciclo, o tal vez a fines del Primero, asentado sobre una colina cubierta de vegetación.

—Dicen que éste es el centro del mundo—dijo Gormon—. En Jorsalén existe otro lugar que también reclama para sí el mismo honor. Este sitio está marcado en el mapa.

—¿Cómo es posible que el mundo tenga un centro —preguntó Avluela—, si es esfera?

Gormon rió. Dentro, en una oscuridad de invierno, vimos un colosal globo cuajado de joyas, que relucía gracias a una luz interior. —Aquí tienes a tu mundo—dijo Gormon con un gesto ampuloso.

—¡Oh! —exclamó Avluela—. ¡Todo! ¡Aquí está todo!

El mapa era una verdadera maravilla, un prodigio de artesanía. Sus contornos y elevaciones parecían naturales; los mares simulaban espacios líquidos; los desiertos se hallaban tan bien imitados que la boca parecía secarse de sed; las ciudades bullían con vigor y vida. Pude distinguir bien los continentes: Eiropa, Afreca, Aisi y Stralia. Contemplé el vasto Océano Terrestre. Atravesé, con la mirada, la franja dorada del Puente de Tierra que había cruzado a pie y con tanto trabajo hacía poco. Avluela señaló, entusiasmada, el lugar que ocupaba Ruma, y luego buscó Agupto, Jorsalén y Perris. Marcó el lugar de las altas montañas al norte de Hindu y dijo:

—Aquí nací yo, donde impera el hielo, donde las montañas rozan las lunas. Aquí es donde está situado el reino de los Voladores.—Fue moviendo su dedo hacia el oeste, hacia Pers y más allá, hasta el terrible desierto de Arab, y luego hacia Agupto.— Hacia aquí volé. De noche, cuando ya no fui más una niña. Todos debemos volar y yo volé hacia aquí. Cientos de veces creí morir. Aquí, en este desierto, con arena en mi garganta mientras volaba, arena que golpeaba contra mis alas. Me vi precisada a bajar a tierra y allí yací desnuda en la arena caliente durante varios días, hasta que otro Volador me halló y me alzó en el aire. Eso me hizo recobrar fuerzas, y juntos volamos hacia Agupto. Murió sobre el mar. Su vida se apagó, a pesar de que era joven y fuerte, y cayó al mar. Yo volé hacia él, para acompañarlo, y el agua estaba caldeada tanto de noche como de día. Me dejé llevar por las alas y cuando llegó la mañana vi las piedras vivientes, que crecían como árboles en el agua, y los peces de muchos colores que se acercaban y mordisqueaban la carne de mi compañero, que flotaba con sus alas extendidas en el agua. Allí lo dejé, esperando que hallara descanso. Yo me elevé, sola y asustada, y me dirigí a Agupto donde te encontré a ti, Vigía—me sonrió tímidamente—. Dinos dónde pasaste tu juventud, Vigía.

Con dolor, pues me sentí súbitamente impedido de moverme con ligereza, me dirigí hacia el otro lado del globo. Avluela me siguió, pero Gormon se quedó atrás, como si tuviera muy poco interés. Señalé las islas diseminadas en dos largas franjas a lo largo del Océano Terrestre. Lo que quedaba de los Continentes Perdidos.

—Aquí—dije, señalando la isla en que había nacido, hacia el oeste—; éste es el lugar que me vio nacer.

—¡Tan lejos!—exclamó Avluela.

—Ya hace tanto tiempo—agregué—. A mitad del Segundo Ciclo, me parece.

—¡No! ¡Eso no es posible!—Pero la asombrada mirada que me dirigió, decía que tal

vez no fuera mera invención mi idea de haber nacido mil años atrás.

Sonreí y toqué su suave mejilla.

—Sólo me parece a mí—le expliqué.

—¿Cuándo dejaste tu hogar?

—Cuando tenía el doble de tu edad—le contesté—, y vine hacia aquí.—Señalé el grupo de islas situado hacia el este.—Pasé doce años como Vigía en Palash. Entonces la Voluntad me impulsó a cruzar el Océano Terrestre, hasta Afreca. Allí fui y viví durante cierto tiempo en los países cálidos. Luego seguí viaje a Agupto, donde hallé a una Voladora. —Quedé en silencio mientras miraba largamente las islas que fueron mi hogar, y contemplándolas me imaginé que abandonaba mi pobre y gastado cuerpo para volver a ser joven y musculoso, para trepar las verdes montañas y nadar en el fresco mar, y realizar mis vigilancias en una blanca playa bordeada de espuma.

Mientras meditaba, melancólico, Avluela se volvió hacia Gormon y le dijo:

—Ahora tú. Enséñanos de dónde vienes, Mutante. Gormon se encogió de hombros.

—Ese lugar no figura en el globo. —¡Pero eso es imposible! —¿Lo es?—preguntó él. Avluela lo trató de presionar para que contara, pero Gormon se escabulló. Salimos y volvimos a la calle.

VIII

Me estaba cansando, pero Avluela no quería dejar rincón de la ciudad por conocer, como si pudiera devorársela en una sola tarde. Por lo tanto, proseguimos nuestro camino por las calles que se continuaban unas a otras, pasando por una zona de bellísimas mansiones, pertenecientes a los Amos y Mercaderes, atravesando barrios desagradables de Servidores y Vendedores, que se extendían en catacumbas subterráneas, y llegando a otras zonas donde los Sonambulistas nos asediaban para que pasáramos a sus casuchas y les pagáramos por revelarnos la verdad que intuyen en sus trances. Avluela nos pidió que entráramos, pero Gormon movió la cabeza negativamente, y yo sonreí, mientras seguíamos adelante. Ahora nos hallábamos en el borde de un parque situado en el centro de la ciudad. Aquí los ciudadanos de Ruma se paseaban con una energía que yo había vista muy pocas veces en el caluroso Agupto, y nos unimos a ellos.

—¡Miren!—dijo Avluela—. ¡Cómo brilla!

Señalaba un brillante arco dimensional que encerraba alguna reliquia de la antigua ciudad. Cubriéndome los ojos en parte pude distinguir una gastada pared de piedra, frente a la cual se hallaba un grupo de gente. Gormon dijo:

—Es la Boca de la Verdad.

—¿Qué es eso?—preguntó Avluela

—Ven. Veremos.

Una fila de gente avanzaba lentamente hacia la esfera. Nos colocamos en ella y pronto llegamos hasta el interior, abarcando con curiosas miradas la región sin tiempo que se hallaba más allá del umbral. No sabía por qué se le había prestado a esta reliquia una protección tan especial, que muy pocas gozaban y por lo tanto le pregunté a Gormon. Su sabiduría, que nada tenía que envidiar a la de los Memorizadores, le permitió explicarme.

—Se ha hecho así porque éste es el reino de la certeza, donde lo que se dice es absolutamente congruente con la realidad.

—No entiendo—dijo Avluela.

—Es imposible mentir en este lugar—le explicó Gormon—. ¿Puedes imaginarte otro lugar que sea más digno de protección?

Pasó por el estrecho corredor de la entrada y su figura se borroneó ante nuestros ojos. Lo seguí rápidamente al interior. Avluela dudó. Pasó un largo momento antes de que se decidiera a entrar; se paró unos instantes en el umbral, aparentemente desconcertada por el viento que se sentía circular a lo largo de la línea limítrofe entre el mundo exterior y el cerrado universo en el cual nos hallábamos.

Un compartimento interior contenía la Boca de la Verdad propiamente dicha. La fila de gente se extendía hasta allí, y un Señalador, de aire solemne, controlaba el flujo de entrada al tabernáculo. Pasó un rato antes de que se nos permitiera entrar. Nos hallamos entonces frente a la feroz cabeza de un monstruo, en bajorrelieve, unido a una antiquísima muralla, marcada por el tiempo. Las mandíbulas del monstruo se hallaban abiertas; la boca abierta tenía un aspecto siniestro. Gormon asentía con gestos, mientras la inspeccionaba satisfecho, aparentemente, de hallarla tal cual pensaba que debía ser.

—¿Qué debemos hacer?—preguntó Avluela.

—Vigía—dijo Gormon—, pon tu mano dentro de la Boca de la Verdad.

Con cierto resquemor, hice lo que me decía.

—Ahora—volvió a hablar Gormon—se hace una pregunta. Tú la deberás contestar, pero si dices algo que se aparte de la verdad, la boca se cerrará y seccionará tu mano.

—¡No!—gritó Avluela.

Miré con temor las mandíbulas de piedra que rodeaban mi mano. Un Vigía al cual le falte una mano es un hombre sin profesión. Durante el Segundo Ciclo se podía obtener una prótesis más bonita que la mano verdadera. Pero estas épocas habían pasado hacia ya tiempo, y actualmente en la Tierra no se podían conseguir tales delicados objetos.

—¿Cómo es posible?—le pregunté.

—La Voluntad es especialmente intensa en estos lugares—replicó Gormon—. Distingue con la mayor severidad lo que es verdad de lo que no lo es. Detrás de esta pared se halla un trío de Sonambulistas, a través de los cuales se manifiesta la Voluntad, y ellos controlan la Boca. ¿Temes a la Voluntad, Vigía?

—Temo a mi propia lengua.

—Ten valor. Nunca se ha dicho una mentira frente a esta muralla. Nunca, por lo tanto, ha habido que lamentar la pérdida de una mano.

—Prosigue, entonces—le dije—. ¿Quién me va a proponer la pregunta?

—Yo—dijo Gormon—. Dime, Vigía, y ahora sin falsas pretensiones, ¿dirías que una vida dedicada a la vigilancia ha sido una vida sabiamente empleada?

Me mantuve en silencio durante un largo tiempo, mirando las entreabiertas mandíbulas.

Luego dije:

—Dedicar la vida a la vigilancia, a fin de servir a nuestros semejantes, es tal vez el más noble propósito que existe.—¡Cuidado!—gritó, alarmado, Gormon.—No he terminado—le manifesté.—Continúa.—Pero dedicarse a la vigilancia cuando el enemigo no es más que una creación de la imaginación, es realmente inútil, y si nos felicitamos por la búsqueda meticulosa de una mera invención somos tontos y pecadores. Mi vida no ha servido para nada. Las mandíbulas de la Boca de la Verdad no temblaron siquiera. Retire mi mano, mirándola como si hubiera crecido nuevamente. Me sentí, súbitamente, como si hubiera envejecido varios ciclos. Avluela, con los ojos muy abiertos y una mano puesta sobre los labios, parecía muy impresionada por lo que yo había dicho. Mis propias palabras parecían rondar todavía, congeladas en el aire frente al desagradable ídolo.—Has hablado con honestidad—dijo Gormon— si bien muestras poca piedad hacia ti mismo. Te juzgas con demasiada acritud, Vigía.—Hablé como debía para salvar mi mano—le respondí—; ¿preferirías que hubiera mentido? Se sonrió. Luego se volvió hacia Avluela y le dijo: —Es tu turno. Visiblemente asustada, la pequeña Voladora se aproximó a la Boca. Su delicada mano temblaba mientras la introducía entre las mandíbulas de fría piedra. Tuve que contener el impulso de abalanzarme y liberar su manecita de aquellas diabólicas mandíbulas que parecían sonreír.—¿Quién le preguntará?—dije.—Yo lo haré—contestó Gormon. Las alas de Avluela se agitaron débilmente debajo de su vestido. Su carita se puso pálida, su nariz tembló y su labio superior se deslizó sobre el inferior. Se quedó apretada contra la muralla, mirando con horror el lugar donde estaba introducida su mano. Afuera vimos las expresiones vagas de la gente que esperaba, sus labios se movían y estaban aparentemente perturbados por nuestra larga visita a la Boca, pero nadie nos dijo nada. La atmósfera que nos rodeaba era cálida y pegajosa, con un cierto olor musgoso como el que provendría de un pozo labrado a través de la estructura del Tiempo. Gormon le preguntó lentamente: —La noche que acaba de pasar le has entregado tu cuerpo al príncipe de Ruma. Antes de esto, también te ofreciste al Mutante Gormon, si bien tales relaciones se hallan prohibidas por las costumbres y por la ley. Mucho antes habías sido la amante de un Volador, que ahora ha muerto. Puedes haber tenido relaciones con otros hombres, de las cuales nada sé, pero que para los propósitos de mi pregunta

son irrelevantes. Dime, Avluela, ¿cuál de los tres te inspiró emociones más profundas y cuál de ellos elegirías como tu compañero, en caso de que te decidieras a hacer tal cosa? Quise protestar, diciéndole al Mutante que le había propuesto tres preguntas, lo que lo ponía en ventaja, pero no tuve tiempo de decir nada. Avluela contestó sin dudar: —El príncipe de Ruma fue el que más placer me dio, pero es frío y cruel y lo desprecio. Mi querido Volador, ya muerto, fue el ser que más amé, antes o después. Pero era débil, y yo no quería a un débil como compañero. En cambio tú, Gormon, a pesar de que eres un extraño para mí aún ahora, y que siento como si no conociera tu cuerpo ni tu alma, no importa cuán ancha es la brecha que nos separa serías el hombre a quien yo elegiría como compañero para mis días por venir.

Retiró la mano de la Boca de la Verdad.

—¡Bien dicho!—exclamó Gormon, si bien era obvio que la firmeza de su respuesta lo había herido tanto como lo había halagado—. Repentinamente hallas tu elocuencia, ¿ah?, cuando las circunstancias lo exigen. Ahora es el turno de arriesgar mi mano.

Se acercó a la Boca. Yo le dije:

—Tú has hecho las dos preguntas. ¿Quieres terminar ahora el trabajo y preguntarte también la tercera?

—No quisiera hacer eso—contestó. Hizo un gesto negligente con su mano libre—. Hagan un conciliábulo y piensen cuál puede ser la tercera pregunta.

Avluela y yo conferenciamos. Con una franqueza poco habitual en ella, propuso una pregunta, y como era la misma que yo le hubiera planteado a Gormon le pedí que se la hiciera.

Avluela interrogó:

—Cuando estábamos frente al globo terráqueo, yo te pedí que señalaras el lugar donde habías nacido y tú me dijiste que no podrías hallarlo en el mapa. Esto nos pareció muy extraño. Dime ahora, ¿eres lo que afirmas ser, un Mutante que vaga por el mundo?

Gormon contestó.

—No, no lo soy.

En cierto sentido ya había satisfecho la pregunta que le había hecho Avluela, pero era indudable que su respuesta no había sido adecuada, así que sin retirar la mano de la Boca de la Verdad, continuó:

—No les señalé mi lugar de nacimiento en el globo porque no nací en este mundo, sino en una estrella cuyo nombre no debo revelar. No soy un Mutante, de acuerdo a vuestras ideas, si bien lo soy si nos atenemos a otras definiciones del término, puesto que mi cuerpo está algo disfrazado, y en mi propio mundo mi forma es diferente. He vivido en la Tierra durante diez años.

—¿Cuál fue tu propósito cuando viajaste aquí? —le pregunté.

—Estoy obligado a contestar una sola pregunta —dijo Gormon—. Pero igualmente te daré la respuesta. Fui enviado a la Tierra para efectuar observaciones militares y preparar la invasión para la cual tú tanto has vigilado, en la cual ya no crees y que sin embargo estará aquí en el término de unas pocas horas.

—¡Mentiras!—grité—. ¡Todas mentiras!

Gormon se rió, y retiró la mano de la Boca de la Verdad. Estaba intacta, sin lesión alguna.

IX

Confundido y agitado corrí con mi carrito de instrumentos, saliendo de la esfera brillante a la calle que se había vuelto súbitamente fría y oscura. La noche había llegado con la celeridad con que lo hace en invierno. Era casi la hora nona, momento en que debía realizar mi vigilancia.

Las burlas de Gormon rondaban todavía mi mente. Lo había arreglado todo: nos había llevado a la Boca de la Verdad, había logrado arrancar de mis labios una confesión de falta de fe, y otro tipo de confesión de boca de Avluela. Además, había cuidado sin piedad, de que no dejáramos de saber determinadas verdades que no tendría que habernos revelado, con palabras calculadas para herirme en lo más profundo.

¿Podía ser que la Boca de la Verdad fuera un fraude? ¿Era posible que Gormon mintiera sin que pasara nada a su mano?

Nunca había realizado mi vigilancia a otra hora que la determinada, pero éste era el momento en que las realidades parecían derrumbarse. No podía esperar hasta que llegara el instante prefijado. Agazapándome en la calle barrida por el viento, abrí mi carrito, alisté mi equipo y me zambullí en el trance de la vigilancia.

Mi conciencia amplificadas se dirigió una vez más hacia las estrellas.

Como un dios, erré por los espacios infinitos. Sentía la presión del viento solar, pero no era un Volador, y nada podía sucederme. Con cierto dolor, la dejé atrás alejándome de las furiosas partículas de luz, dentro de la oscuridad que delineaba los dominios del sol. Sentí que actuaba sobre mí una distinta presión.

Se acercaban naves espaciales.

No eran las líneas turísticas habituales que traían visitantes curiosos por lo que quedaba de nuestro disminuido mundo. Tampoco eran los vehículos de transporte mercantiles ni las naves vaciadero que recogían los vapores interestelares, ni las naves que oficiaban de cruceros, en sus órbitas hiperbólicas.

Estas eran naves militares, oscuras, ajenas y amenazadoras. No pude determinar su número; observé solamente que se dirigían hacia la Tierra a una velocidad muchas veces mayor a la de la luz, proyectando un cono de energía delante de ellas. Me di cuenta entonces de que era ese cono lo que yo percibía, y que lo había percibido similarmente la noche anterior, penetrando en mi mente a través de los instrumentos y

hundiéndome en lo que parecía ser un cubo de cristal, cuyas líneas de fuerza danzaban y brillaban.

Toda mi vida había pasado vigilando y esperando este momento.

Había sido entrenado para percibirlo. Luego llegué a rogar para que jamás pudiera sentirlo, luego, en mi sensación de fracaso comencé a desear sentirlo y finalmente había dejado de creer en él. Y ahora, gracias al Mutante Gormon había llegado a percibirlo. Vigilando antes de que llegara el momento prefijado, agazapado en una calle de Ruma, a la salida del lugar donde se hallaba la Boca de la Verdad.

A los Vigías se los instruye para que cuando sus observaciones son confirmadas por una cuidadosa revisión, se interrumpa la vigilancia. Obedientemente, realicé mi segunda confirmación, a fin de poder dar la alarma. Varié de uno a otro canal de observación, triangulando y siempre captando la tremenda sensación de una fuerza titánica que se precipitaba sobre la Tierra a una velocidad inimaginable.

O bien me engañaba, o la invasión se acercaba. Pero no podía salir de mi trance para dar la alarma.

Con lentitud, amorosamente, seguí sumergido en los datos sensoriales durante un lapso que me pareció de horas. Seguí utilizando mi equipo, exigiéndole una total confirmación de lo que había hallado. Oscuramente, tuve noción de que podía estar desperdiciando un tiempo precioso, y de que era mi deber abandonar mi estado de morosa delectación frente al destino para alertar a los Defensores.

Finalmente, me liberé de mi estado de trance y volví al mundo que debía proteger.

Avluela se hallaba a mi lado asombrada y temerosa, con los nudillos apretados contra sus labios y sus ojos muy abiertos.

—¡Vigía, Vigía!, ¿me oyes? ¿Qué está sucediendo? ¿Qué nos va a pasar?

—La invasión—le contesté—. ¿Cuánto tiempo estuve en trance?

—Alrededor de medio minuto, creo. Tus ojos estaban cerrados, y llegué a creer que estabas muerto.

—¡Gormon decía la verdad! ¡La invasión está casi sobre nosotros! ¿Dónde está? ¿Dónde ha ido?

—Desapareció cuando salimos del edificio donde estaba la Boca —susurró Avluela—. Vigía, estoy muy asustada. Siento que todo se derrumba. Tengo que volar. ¡No me puedo quedar aquí abajo!

—Espera—le dije aferrándola pero sin lograr asir su brazo—. No te vayas todavía. Primero tango que dar la alarma, y luego...

Pero ella ya se estaba quitando apresuradamente las ropas. Desnuda hasta la cintura, su pálido cuerpo brillaba en la luz nocturna, mientras alrededor de nosotros la gente iba

de un lado a otro, sin tener idea de lo que estaba ocurriendo. Quería mantener a Avluela a mi lado, pero no podía esperar más para dar la alarma, por lo que la dejé para dirigirme a mi carrito.

Como preso en un ensueño nacido de deseos demasiado maduros, empuñé el resorte que jamás había usado, el que enviaría la alerta mundial de los Defensores.

¿Habrían sido advertidos ya? Tal vez algún otro Vigía había percibido ya lo que yo capté y, menos paralizado por el asombro y la duda, había alertado a los Defensores, fase final de la tarea de un Vigía.

No. No. Porque entonces estarían sonando las sirenas, cuya aguda llamada reverberaría desde los altavoces que orbitaban sobre la ciudad.

Toqué el resorte. Con el rabillo del ojo pude ver a Avluela libre ahora de sus vestiduras, arrodillada musitando sus palabras y llenando sus frágiles alas de energía. En un momento más se hallaría en el aire, lejos de mi alcance.

Con un rápido movimiento, activé la alarma.

En ese momento fui consciente de una maciza figura que se dirigía hacia nosotros. Gormon, pensé, y mientras me levantaba junta a mi equipo, traté de alcanzarlo para no dejarlo ir. Pero el que se aproximaba no era Gormon sino un Servidor de cara burda, quien se dirigió a Avluela advirtiéndole:

—Cuidado, Voladora, no aprontes tus alas. El príncipe de Ruma me envía para que te lleve a su presencia.

Forcejearon. Sus pequeños pechos saltaban; sus ojos le dirigieron una mirada de cólera.

—Déjame ¡Voy a volar!

—El príncipe de Ruma te requiere—dijo el Servidor tomándola en sus brazos.

—El príncipe de Ruma tendrá otras ocupaciones esta noche. No creo que la necesite—le dije al Servidor.

Mientras hablaba pudimos escuchar las sirenas atronando el cielo.

El Servidor la soltó. Su boca pronunció inaudibles palabras; hizo uno de los gestos protectores de la Voluntad; miró hacia arriba y gruñó:

—¡La alarma! ¿Quién dio la alarma? ¿Has sido tú, viejo Vigía?

La gente corría de un lado a otro en la calle, como poseída.

Avluela, ya libre, corrió cerca de mí, a pie, con sus alas desplegadas sólo a medias, y fue engullida por la multitud. Por sobre el terrible sonido de las sirenas escuchamos los mensajes que daban instrucciones para la defensa y seguridad de la población. Un hombre que llevaba en su mejilla la marca de los Defensores se abalanzó sobre mí y

me gritó palabras demasiado incoherentes para ser comprendidas, después de lo cual salió corriendo. El mundo parecía haberse vuelto loco.

Solamente yo permanecía tranquilo. Miré hacia el cielo, esperando ver las naves negras de los invasores sobre las torres de Ruma. Pero nada vi, excepto las luces nocturnas y todos los objetos que me eran familiares.

—¿Gormon?—llamé—. ¿Avluela?

Estaba solo.

Una extraña sensación de vacío me invadió. Había dado la alarma. Los invasores se acercaban, yo había perdido mi ocupación. Ya no habría necesidad de Vigías.

Casi con cariño toqué el usado carrito que había sido mi compañero durante tantos años. Pasé mis dedos sobre sus sucios y abollados instrumentos, y luego me alejé, abandonándolo para volver a las calles oscuras sin mi cargo, convertido en un hombre cuya vida había adquirido sentido sólo para volver a perderlo en un instante, alrededor de mí rugía el caos.

Se sobreentendía que cuando llegara el momento de la invasión, con su batalla correspondiente, todas las hermandades serían movilizadas, con la sola excepción de los Vigías. Aquellos que habían vigilado el perímetro de la defensa durante tanto tiempo no tomarían parte en la estrategia del combate y eran exceptuados, después de haber dado una alarma certera. Ahora era el momento para que la hermandad de los Defensores demostrara lo que sabía hacer. Durante medio ciclo habían planeado lo que harían en el momento de guerra. ¿Cuáles serían sus futuras acciones? ¿Qué hechos protagonizarían?

Mi única preocupación, en ese momento, era volver a la hostería Real y esperar los acontecimientos. Era casi imposible pensar que hallaría a Avluela, y me culpé por haberla dejado irse así, desnuda y sin quien la protegiera, en aquellos momentos de confusión. ¿Adónde iría? ¿Quién estaría allí para defenderla?

Un camarada Vigía, empujando desesperadamente su carrito casi chocó conmigo.

—¡Cuidado!—le grité.

Miró hacia arriba, sin aliento, atontado.

—¿Es verdad?—me preguntó—. ¿La alarma?

—¿No la oyes?

—Pero ¿es verdad?

Le señalé en dirección a su carrito.

—Tú sabes cómo cerciorarte.

—Dicen que el que dio la alarma estaba borracho, que era un viejo tonto que fue

echado de la posada ayer.

—Puede ser—admití.

—Pero si lo de la alarma es verdad...

Sonriendo le dije:

—Si es así, ahora todos podremos descansar. Adiós Vigía.

—¡Tu carrito! ¿Dónde está tu carrito?—me gritó.

Pero yo ya lo había dejado atrás y me dirigía hacia un enorme pilar de piedra labrada, sin duda una reliquia de la Ruma imperial.

En esta columna se hallaban grabadas antiguas imágenes: batallas y victorias, monarcas extranjeros que marchaban portando las cadenas de la derrota por las calles de Ruma, águilas triunfantes que celebraran las grandezas del Imperio. En mi extraña y recién hallada calma, me quedé largo rato frente a la columna admirando sus elegantes grabados. Hacia mí se acercó una figura frenética en quien reconocí al Memorizador Basil.

Lo saludé diciéndole:

—¡Llegas a tiempo! Hazme el favor de explicarme estas imágenes, Memorizador. Me fascinan y excitan en extremo mi curiosidad.

—¿Estás loco? ¿No oyes la alarma?

—Yo di la alarma, Memorizador.

—¡Apúrate, entonces! ¡Vienen los invasores y debemos luchar!

—Yo no, Basil. Mi tarea ya está hecha. Cuéntame la historia aquí representada. Háblame de estos reyes derrotados, de estos emperadores destronados. Un hombre de tus años no se verá envuelto en la lucha.

—¡Todos estamos movilizados!

—Todos menos los Vigías—le repliqué—. Tómame unos instantes. Ha comenzado a interesarme el pasado. Gormon se ha ido, guíame tú entonces, a través de la historia de estos ciclos perdidos.

El Memorizador sacudió salvajemente la cabeza, giró alrededor de mí y trató de escaparse. Yo me abalancé sobre él, tratando de aferrarlo por un brazo para impedirle moverse, pero me eludió y sólo pude asir su oscuro chal, que me quedó entre las manos. Basil ya se había ido, corriendo locamente con trancos enormes de sus piernas de araña y alejándose de mi vista.

Me encogí de hombros y examiné el chal que tan extrañamente había adquirido. Estaba surcado por brillantes hebras metálicas dispuestas de acuerdo a un intrincado

esquema que engañaba la vista: cada una de ellas parecía desaparecer en la trama del hilado, para reaparecer en algún lugar inesperado, como los árboles genealógicos de las dinastías, que inesperadamente revivían en distantes ciudades. La forma en que estaba hecho era verdaderamente magnífica. Casi sin quererlo me lo eché a los hombros.

Seguí caminando.

Mis piernas, que casi me habían fallado antes, ahora me servían adecuadamente. Con renovada juventud me abrí paso en la caótica ciudad, sin hallar dificultades para elegir mi camino. Me dirigí hacia el río, lo crucé y, en su orilla más alejada, busqué el palacio del Príncipe. La oscuridad se había acentuado, pues la mayoría de las luces se extinguieron de acuerdo a las órdenes de movilización, y de vez en cuando la explosión de una bomba en lo alto liberaba una especie de humareda densa que procuraba ocultar la ciudad a la mayor parte de los métodos de visualización a larga distancia. En las calles se veían pocos peatones. Las sirenas aún atronaban el espacio. Sobre los edificios se veían las instalaciones defensivas que comenzaban a entrar en acción: oía los sonidos de los aparatos de rechazo que se calentaban y los largos brazos de las máquinas amplificadoras que se balanceaban de una a otra torre, mientras afinaban para un rendimiento máximo. Ya no cabría ninguna duda de que la invasión se acercaba, pues si mis instrumentos hubieran sido mal interpretados debido a mi propia confusión, no se hubiera seguido adelante con la movilización hasta este punto. Era indudable que el informe inicial había sido corroborado por los hallazgos de otros miembros de la hermandad.

Mientras me acercaba al palacio, vi que corrían hacia mí dos Memorizadores, ambos sin aliento sus chales agitándose detrás suyo. Me hablaron con palabras que no alcancé a interpretar, seguramente algún tipo de código de su hermandad, y recordé que estaba usando el chal de Basil. No les pude responder, y entonces comenzaron a hablar como lo hacemos habitualmente, mientras me preguntaban:

—¿Qué te pasa? ¡Ve a tu puesto! ¡Debemos registrar los hechos, comentarlos y observarlos!

—Están confundidos—les dije—. Tengo este chal porque es de vuestro hermano Basil, quien lo dejó a mi cuidado. No tango ningún puesto que custodiar.

—Un Vigía—dijeron al unísono y me insultaron cada uno por separado, al alejarse. Riendo, me dirigí hacia el palacio.

Sus puertas estaban abiertas. Los neutros que guardaban el portal exterior no estaban, al igual que los dos Señaladores que solían situarse en el lado de adentro. Los mendigos que se hallaban en la amplia plaza habían forcejeado hasta lograr penetrar en el edificio, buscando refugio. Esto despertó la ira de los mendicantes portadores de licencias hereditarias, cuyo estacionamiento habitual estaba situado en esa parte del edificio, quienes se lanzaron sobre los refugiados que entraban con furia e inesperada energía. Vi a mendigos que golpeaban usando sus muletas como garrotes, a ciegos que daban golpes con sospechosa puntería, a delgados penitentes que esgrimían una amplia variedad de armas, desde estiletes hasta pistolas sónicas. Manteniéndome

alejado de este espectáculo vergonzoso penetré en la parte interior del palacio, espiando hacia el interior de las capillas, donde hallé a Peregrinos que rogaban ser bendecidos por la Voluntad, y Comunicantes que buscaban desesperadamente una guía espiritual que les dijera qué sucedería durante la batalla que se avecinaba.

De pronto sentí el sonar de las trompetas y los gritos de:

—¡Abrid paso! ¡Abrid paso!

Una fila de macizos Servidores marchó hacia el interior del palacio, dirigiéndose hacia las habitaciones del príncipe, situados en el ábside. Varios de ellos sujetaban a alguien que pateaba frenéticamente, poseedora de alas semidesplegadas.

—¡Avluela!

La llamé, pero mi voz se perdió en el tumulto, y ella no me oyó. Los Servidores me hicieron a un lado. La procesión penetró en las habitaciones del Príncipe. Eché una última mirada sobre la pequeña Voladora, pálida y diminuta entre sus capturas y luego se perdió una vez más.

Tomé del brazo a un tambaleante neutro que se movía inseguramente.

—¡Esa Voladora! ¿Por qué la traen aquí?

—Él... Él... Ellos...

—¡Respóndeme!

—El Príncipe... su mujer... en la carroza... los... los invasores.

Hice a un lado a la insignificante criatura y me abalancé hacia el ábside. Una muralla metálica de unas diez veces mi altura me detuvo. Comencé a golpearla con el puño:

—¡Avluela! —grité con voz ronca—, ¡Avlu... e... la!

No fui rechazado, ni tampoco se me permitió pasar. Simplemente, se me ignoró. El loco alboroto que reinaba en las puertas occidentales del palacio se había extendido ahora a la nave y ábsides y a medida que la turba de mendigos se acercaba a mí ejecuté un rápido giro y luego pasé por una de las puertas laterales del edificio.

Me detuve en el patio situado frente a la hostería Real, inmóvil y pasivo. Una extraña electricidad crepitaba en el aire. Pensé que sería una emanación de una de las instalaciones para la defensa de Ruma. Algún tipo de rayo destinado a proteger a la ciudad. Pero pocos instantes después comprendí que presagiaba la llegada de los invasores.

Ahora sí podía ver las naves espaciales en los cielos.

Cuando las había percibido en mis observaciones, me habían parecido negras contra la infinita oscuridad, pero ahora ardían brillantes como soles. Una banda de globos relucientes, de aspecto duro y similar al de las joyas engalanaba el cielo; se hallaban

dispuestos uno junto a otro y se extendían de este a oeste en una banda continua, llenando los cielos. Cuando las vi aparecer simultáneamente me pareció que oía los sonidos de una sinfonía invisible que pregonaba el arribo de los conquistadores de la Tierra.

No pude calcular la altura a la que se hallaban las naves espaciales, ni determinar cuál era su número ni ninguno de los detalles de su forma. Solamente me di cuenta, de que, con súbita y masiva majestad, habían aparecido. Si hubiera sido un Defensor, creo que mi alma se hubiera llenado de angustia tras esa increíble escena.

El cielo estaba cruzado por luces de muchas tonalidades. La batalla había comenzado. No podía comprender las acciones de nuestros guerreros, y me hallaba desconcertado por las maniobras de aquellos que venían a tomar posesión de nuestro empobrecido planeta, tan cubierto de historia. Para mi vergüenza, me sentía no solamente fuera de la lucha, sino por encima de ella, como si ésta no fuera mi batalla. Hubiera querido que Avluela me acompañara, pero ella estaba en algún lugar de las profundidades del palacio del príncipe de Ruma. Hasta la presencia de Gormon me hubiera servido de consuelo. Gormon el Mutante, Gormon el Espía, Gormon, el monstruo traidor de nuestro mundo.

Altavoces gigantescos hendían el aire:

—¡Paso al príncipe de Ruma! ¡El príncipe de Ruma nos guía a la batalla para salvar a nuestra madre Tierra!

Del palacio emergió un vehículo resplandeciente, en forma de lágrima, en cuyo techo brillante y metálico se hallaba una lámina transparente que permitía que todos vieran al gobernante, poniendo así nuevo ánimo en sus corazones. En los controles del vehículo se hallaba el príncipe de Ruma, orgullosamente plantado, sus crueles y juveniles facciones fijas en una rígida determinación y, a su lado, vestida con los ropajes de una emperatriz, pude distinguir la frágil figura de la Voladora Avluela. Esta parecía hallarse en trance.

El carruaje real se remontó, perdiéndose en la oscuridad.

Me pareció que aparecía un segundo vehículo, que seguía su ruta, y que el del Príncipe se volvió a ver, trabándose ambos aparentemente en un combate que los llevaba a describir círculos en el aire. Nubes de azules chispas envolvieron a ambos vehículos que se remontaron rápidamente, perdiéndose de vista detrás de una de las colinas de Ruma.

¿Se había extendido la batalla a todo el planeta? ¿Se hallaría en peligro Perris, y la sagrada Jorsalén, y también las soñolientas islas de los Continentes Perdidos? ¿Las naves espaciales habrían llegado a todas partes? No lo sabía. Podía determinar solamente los acontecimientos que sucedían en un pequeño segmento del cielo de Ruma, e incluso eso con poca claridad y exactitud. En momentos de claridad repentina, vi pasar verdaderos batallones de Voladores cruzando el cielo, y luego la oscuridad se reinstaló, como si se hubiera cubierto la ciudad con una mortaja de terciopelo. Pude observar cómo las grandes maquinarias para la defensa lanzaban terribles explosiones

de lo alto de las torres, pero, sin embargo, las naves espaciales permanecían intactas, ilesas, siempre inmóviles sobre nuestras cabezas. El patio en el cual me hallaba estaba desierto pero a lo lejos podía escuchar algunas voces, llenas de temor y angustia, hablándose con tonos tímidos que parecían los gritos de los pájaros. Ocasionalmente se oía un tremendo estampido que conmovía toda la ciudad.

En una oportunidad vi pasar a un pelotón de Sonambulistas. En la plaza situada enfrente del palacio observé lo que me pareció un grupo de Payasos que desplegaron una suerte de red centelleante, de aspecto militar. A la luz de una súbita claridad vi a un trío de Memorizadores, sobre un plato antigravitatorio, tomando profusas notas de todo lo que estaba sucediendo. Parecía, pero no podía asegurarlo, que el vehículo que llevaba al príncipe de Ruma había vuelto, surcando velozmente los cielos con su perseguidor a corta distancia.

—¡Avluela! —susurré, al ver desaparecer los dos puntos gemelos de luz. ¿Estaban las naves espaciales desembarcando tropas? ¿Descendían desde esos brillantes objetos colosales columnas de energía hasta tocar la superficie de la Tierra? ¿Por qué se había llevado el Príncipe a Avluela? ¿Dónde estaba Gormon? ¿Qué hacían nuestros Defensores? ¿Por qué no se habían hecho ya volar las naves espaciales enemigas?

Como arraigado en las antiguas piedras del patio, observé la batalla cósmica sin entender nada durante toda la noche.

Amanecía. Franjas de pálida luz cruzaban el cielo de una a otra torre. Me llevé los dedos a los ojos, dándome cuenta de que debí haberme dormido mientras me hallaba de pie. Tal vez debería pedir la admisión en la hermandad de los Sonambulistas, pensé sin seriedad. Pasé mis manos sobre el chal del Memorizador, que todavía se hallaba sobre mis hombros, tratando de recordar cómo lo había conseguido, y la respuesta apareció en mi mente.

Miré el cielo.

Las naves invasoras se habían ido. Vi solamente el cielo de la mañana, gris, con tonos rosados que aparecían lentamente. Sentí el aguijón de la costumbre y busqué mi carrito, comprendiendo luego que ya no debería efectuar más vigilancias y sintiéndome más vacío de lo que ordinariamente me sucedería a esa hora.

¿Habría concluido la batalla?

¿Habría sido rechazado el enemigo?

¿Estaban las naves de los invasores, destrozadas y yacentes en carbonizadas ruinas en las afueras de Ruma?

El silencio reinaba. No escuché ya sinfonías celestiales. Luego, destacándose sobre la extraña paz, pude percibir un nuevo sonido, similar al de vehículos con ruedas que pasaran por las calles de la ciudad. Y los Músicos invisibles hicieron resonar una última nota, profunda y clara, que se dispersó bruscamente como si todas las cuerdas hubieran sido rotas al unísono.

Los altavoces utilizados para los avisos públicos dejaron oír estas palabras:

—Ruma ha caído. Ruma ha caído.

X

La hostería Real se hallaba sin atención. Los neutros y los miembros de las hermandades de servicio habían huido. Los Defensores, Amos y Dominadores debían haber perecido honorablemente en la batalla. Basil el Memorizador no estaba allí, como tampoco ninguno de sus hermanos. Fui a mi cuarto, me lavé y refresqué, comí algo, reuní mis pocas pertenencias y dije mi adiós a los lujos, que habían sido míos por tan corto tiempo. Lamenté haber tenido tan pocos días para visitar Ruma, pero Gormon había sido un excelente guía, y había podido ver mucho.

Ahora ya estaba decidido a seguir adelante.

No me parecía prudente permanecer en una sociedad conquistada. La caperuza pensante que se hallaba en mi cuarto no respondió a mis preguntas, así que no pude determinar la gravedad de nuestra derrota, aquí o en otros lugares. Lo evidente era que, por lo menos Ruma había pasado a manos no humanas, y por lo tanto yo deseaba partir con rapidez. Pensé dirigirme hacia Jorsalén tal como me lo había propuesto aquel alto Peregrino, pero luego lo pensé mejor y tomé una ruta que llevaba al oeste, hacia Perris, la cual no sólo estaba más cerca, sino que sobre ella se asentaba el cuartel general de los Memorizadores.

Mis ocupaciones habían sido dejadas de lado, pero en esta primera mañana de la ocupación de la Tierra sentí una súbita necesidad de ofrecerme a los Memorizadores y de buscar con ellos los datos pertenecientes a un pasado más glorioso.

A mediodía dejé la hostería. Primero me dirigí hacia el palacio, cuyas puertas seguían abiertas. Los mendigos yacían alrededor, algunos drogados, otros durmiendo, la mayoría muertos. Por la forma ruda en que habían hallado la muerte supuse que se habían matado unos a otros en su pánico y frenesí. Un Señalador, con aire triste, merodeaba alrededor de los tres cráneos de la maquinaria de interrogación, situada en la capilla.

Cuando entré me dijo:

—Es inútil. Los cerebros no contestan.

—¿Qué le sucedió al príncipe de Ruma?

—Está muerto. Los invasores hicieron volar su carruaje aéreo.

—Una joven Voladora se hallaba con él. ¿Sabes algo de ella?

—Nada. Supongo que también estará muerta.

—¿Y la ciudad?

—Ha caído. Los invasores están por todas partes.

—¿Matando?

—Ni siquiera saqueando —dijo el Señalador—. Son muy gentiles. Nos tienen bajo control.

—¿En Ruma solamente, o en toda la Tierra?

El hombre se encogió de hombros. Comenzó a moverse de adelante hacia atrás, rítmicamente. Lo dejé y me introduje en el palacio. Para mi sorpresa, los recintos imperiales se hallaban abiertos. Penetré en ellos, observando con sorpresa las colgaduras, los tapices, las luces, los muebles. Fui de cuarto en cuarto y llegué finalmente hasta el lecho real, cuyo cobertor era la carne de un colosal molusco bivalvo de otro planeta, y cuando el caparazón se abrió a mi contacto, toqué la piel infinitamente suave, bajo la cual había descansado el príncipe de Ruma. Luego recordé que allí también había yacido Avluela, y si hubiera sido más joven, hubiera estallado en lágrimas.

Dejé el palacio y lentamente crucé la plaza para comenzar mi viaje hacia Perris.

Mientras partía pude echar mi primer vistazo a nuestros conquistadores. Un vehículo de raro diseño se arrimó al borde de la plaza y una docena de figuras emergió de él.

Podrían haber sido casi humanos. Eran altos y fuertes, de tórax amplio, tal como Gormon, y solamente la extremada longitud de sus brazos los distinguía instantáneamente como seres de otro planeta. Sus pieles tenían una extraña textura y pienso que si hubiera estado más cerca, hubiera visto ojos, labios y narices que no respondían a nuestros modelos humanos. Sin fijarse en mí cruzaron la plaza, caminando con un paso extrañamente elástico, que me recordaba notablemente el de Gormon, y entraron en el palacio. No adoptaban actitudes prepotentes ni beligerantes

Turistas. Una vez más la magnífica Ruma ejercía su magnetismo sobre sus visitantes.

Dejando a nuestros nuevos amos con sus diversiones, comencé a caminar hacia las afueras de la ciudad. La frialdad de un eterno invierno se adentró en mi alma. Me preguntaba: ¿sentía pena porque había caído Ruma? ¿O lamentaba la pérdida de Avluela? ¿O era tal vez que ya habían dejado de realizar tres vigilancias sucesivas y, como los adictos, comenzaba a sentir los sufrimientos de la abstinencia?

Era todo eso lo que me perturbaba, decidí, pero especialmente lo último.

No vi a nadie en las calles, a medida que caminaba. El miedo a los nuevos amos mantenía a los ciudadanos en sus casas. De tiempo en tiempo pasaba uno de los vehículos de los invasores, pero no fui molestado. Llegué a las puertas del lado oeste de la ciudad, por la tarde. Se hallaban abiertas, revelándome una bella colina, en cuyas laderas se alzaban árboles coronados de verde. Pasé por ellas y vi a corta distancia, más allá de las murallas, la figura de un Peregrino que se alejaba lentamente.

Me extrañó lo titubeante e inseguro de su paso, puesto que ni siquiera sus pesadas

vestimentas podían ocultar la fuerza juvenil de su cuerpo. Se mantenía erguido, firmes sus hombros y su espalda, y sin embargo caminaba con el paso vacilante de los viejos. Cuando me acerqué a él y miré bajo su capucha entendí lo que sucedía, pues unido a su máscara de bronce llevaba un reverberado, usado por los ciegos para eludir los obstáculos del camino. Se dio cuenta de mi presencia y me rogó:

—Soy un Peregrino ciego. Te ruego que no me molestes.

No era, sin embargo, la voz de un Peregrino la que oía. Era una voz firme y fuerte, de imperioso tono.

Le repliqué:

—No pienso molestarte. Soy un Vigía que ha quedado sin ocupación la noche pasada.

—Muchas ocupaciones han quedado de lado la noche pasada, Vigía.

—No la de los Peregrinos.

—Sin duda—replicó—; no la de los Peregrinos.

—¿Adónde te diriges?

—Quiero irme de Ruma.

—¿No piensas especialmente en un lugar?

—No —me contestó— Simplemente iré de un lado a otro.

—Tal vez podamos ir juntos—le sugerí. Se cree que es augurio de buena fortuna el viajar acompañado de un Peregrino. Sin mi Voladora y mi Mutante me había quedado ahora en soledad—. Me dirijo a Perris. ¿Quieres venir?

—Me da lo mismo ir allí que a cualquier otra parte —me replicó amargamente—. Sí. Iremos a Perris juntos. ¿Pero qué tiene que hacer un Vigía en Perris?

—Un Vigía ya no sirve para nada. Simplemente pienso ofrecerme al servicio de los Memorizadores.

—¡Ah!

—Habiendo sido vencida la Tierra, quiero aprender más sobre sus épocas de gloria.

—Entonces ¿han conquistado toda la Tierra, y no solamente Ruma?

—Así lo creo—le contesté.

—¡Ah!—exclamó el Peregrino—. ¡Ah!

Luego quedó silencioso y seguimos adelante. Le ofrecí mi brazo y entonces su paso dejó de ser vacilante para recobrar el vigor de la juventud. Una y otra vez sentí que

ahogaba lo que parecía ser un suspiro o un sollozo. Cuando lo interrogué acerca de ciertos detalles de su peregrinaje contestó en forma indirecta, o simplemente guardó silencio. Cuando hacía ya una hora que caminábamos alejándonos de Ruma, y atravesábamos los bosques, me dijo, súbitamente:

—Esta máscara me aprieta y me hace daño. ¿Podrías ayudarme a colocármela mejor?

Vi, con sorpresa, que se la estaba quitando. Quedé sin aliento, porque a un Peregrino le está prohibido mostrar su cara. ¿Había olvidado que yo no era ciego?

Cuando terminó de quitársela me dijo:

—No es un espectáculo agradable.

La rejilla de bronce resbaló de su frente y pude ver que sus ojos habían sido recientemente heridos, no por un cirujano, ciertamente, sino arrancados, como si se les hubiera introducido el pulgar y el índice. La nariz arrogante y los tensos labios terminaron de ofrecerme las facciones del príncipe de Ruma.

—¡Majestad!—exclamé.

Por sus mejillas corrían dos regueros de sangre seca. Noté que alrededor de las órbitas vacías había sido colocado un unguento. Sentía poco dolor, pues lo había colmado con la pomada verde, pero el dolor que yo experimentaba era verdadero e intenso.

—Ya no soy Majestad de nadie—me dijo—. Ayúdame a arreglar esta máscara. Es necesario agrandarla, pues me ajusta cruelmente las mejillas. Aquí, aquí.

Rápidamente traté de agrandar la máscara, pues no quería seguir viendo su rostro.

Se la colocó nuevamente.

Continuamos en silencio. No podía hablar de cosas triviales frente a tanta desgracia. Sería un triste viaje hasta Perris, pero ya me había comprometido a guiarlo. Pensé en Gormon, y en su fidelidad a su juramento. También pensé en Avluela y muchas veces estuve a punto de preguntarle al derrocado Príncipe cuál había sido la suerte de su consorte, la Voladora, en la terrible noche pasada. Pero no me atreví a hacerlo.

Se acercaba el crepúsculo, pero el sol todavía brillaba intensamente rojo hacia el oeste. Súbitamente me detuve, y una exclamación brotó de mis labios al ver una sombra que pasaba sobre nuestras cabezas.

En la altura distinguí a Avluela. Su piel se teñía con los colores del crepúsculo y sus alas se hallaban totalmente desplegadas, luciendo radiantes todos los colores del espectro. Se hallaba a una altura equivalente a la de cien hombres, aproximadamente, pero seguía ascendiendo. Para ella yo no debía ser más grande que una mota entre los árboles.

—¿Qué sucede? —preguntó el Príncipe—. ¿Qué has visto?

—Nada.

—Nada.

—¡Dime lo que has visto!

No podía negarme.

—Vi pasar a una Voladora, Majestad. Una niña muy delgada, allá en la altura.

—Entonces ya debe ser de noche.

—No—le repliqué—. El sol se halla todavía por encima del horizonte.

—¿Cómo es posible? Sus alas sirven solamente en la noche. El sol la haría precipitarse a tierra.

Vacilé. No podía explicarme como era posible que Avluela volara durante el día, puesto que sus alas eran para la noche. Lo que no podía decirle al príncipe de Ruma es que al lado de ella, carente de alas, moviéndose con esfuerzo en el espacio, apoyándola, guiándola y ayudándola a resistir la presión del viento solar, se hallaba Gormon, el invasor.

—Bien—me preguntó—. ¿Cómo hace para volar de día?

—No sé—le contesté—. Es un misterio. Veo ahora muchas cosas que ya no comprendo.

Una vez más reinó el silencio. Ardía en deseos de llamar a Avluela, pero era obvio que no podía oírme, y pienso que, tal vez, tampoco hubiera querido hacerlo. Así que seguí caminando hacia el crepúsculo, en ruta hacia Perris, guiando al príncipe ciego. Sobre nuestras cabezas Gormon y Avluela siguieron volando, delineadas sus figuras sobre los últimos resplandores del día, hasta que se perdieron de vista.

FIN